

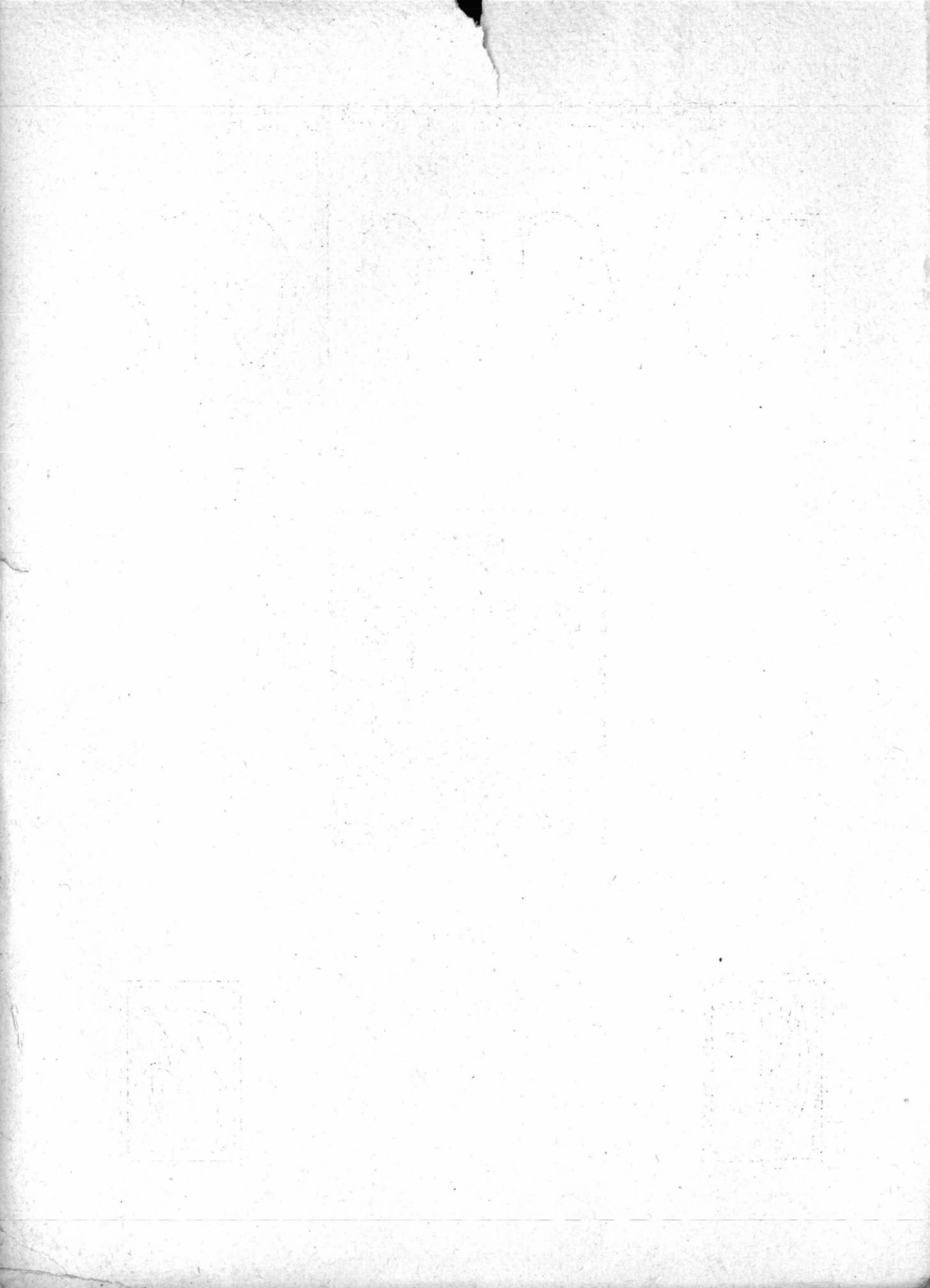
REVISTA NACIONAL DE

EDUCACIÓN



Nº

76



J-4

REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION

NUMERO

76

AÑO VIII
SEGUNDA EPOCA

1948

Director: PEDRO ROCAMORA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 34

TELÉFONO 21 96 08

MADRID

IMP. SAMARÁN
MALLORCA, NÚM. 4



SUMARIO



EDITORIAL

Víctor de la Serna: LOS EÇA DE QUEIROZ EN LA LITERATURA
Y EN LA VIDA DE PORTUGAL

Miguel Pérez Ferrero: EL CINCUENTENARIO DE LA GENERA-
CION DEL 98

Carlos Consiglio: MENENDEZ PELAYO Y LA LITERATURA ITA-
LIANA

HECHOS



HOMENAJE A «AZORIN»

RECEPCION DE DAMASO ALONSO EN LA ACADEMIA

EL INSTITUTO HISPANO-MARROQUI DE TETUAN

INSTAURACION DE NUEVOS EDIFICIOS DOCENTES

LA CATEDRA MENENDEZ PELAYO EN LA BIBLIOTECA
SANTANDERINA

VENTANA AL MUNDO



UNA EXPOSICION DEL LIBRO BRITANICO EN MADRID

EL TEATRO NORTEAMERICANO: ROBERT SHERWOOD

HOMBRES DE NICARAGUA: JULIO ICAZA TEJERINO
ADALID DE LA HISPANIDAD

HISTORIADORES VENEZOLANOS: EL ACADEMICO DOCTOR
AMBROSIO PERERA

NOTAS DE LIBROS

Hombre, paisaje y política, por Pedro Rocamora.

Isabel la Católica y Felipe II, por William T. Walsh.

Abderramán III, primer Califa de Occidente, por Mariano Tomás.—
Editorial Biblioteca Nueva. Madrid, 1947.

Quevedo: su tiempo, su vida, su obra, por Antonio Papell.—Edi-
torial Barna, S. A. Barcelona, 1947.

Obras selectas, por Leopoldo Alas («Clarín»).—Editorial Biblioteca
Nueva. Madrid, 1947.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA



EDITORIAL

ESTE año de 1948—como tantos otros—trae al quehacer de España una perentoria llamada de solicitudes. Porque es en este año cuando, por azares cronológicos, que sólo están al alcance de Dios, concurren sobre España coincidencias, al tiempo taxativas, pero diferentes y simbólicas en su valor real para la medición y conocimiento de las categorías sociales y jerárquicas de España, en orden a la ley, al pensamiento, a la milicia y a la misma ciencia. Es decir: se conmemoran este año, dentro del recinto hispánico, con repercusiones lejanas, universales, el centenario de diversas figuras patrias que, independientes, poseen altura casi de mito, y en conjunto vienen a labrar en su día, aparte de la pervivencia de su recuerdo y de su tarea, como los pilares sobre los cuales un pueblo puede alzar la fábrica fecunda de su Estado.

Porque este año de 1948 se apresta a exaltar el centenario de un Rey, de un Almirante —el primero en el tiempo—, de un teólogo y metafísico, de un dramaturgo; mejor dicho: de dos...

No es poco, en orden a esta clase de solemnidades, en relación con el contorno extraño, aunque un espíritu harto nacionalista, quisiera ver poco, con respecto a España, tan sobrada —y no por su

culpa, como alegaba el chusco— de peregrinos ingenios. En realidad, cuando se conmemoran, en el curso de este año, los centenarios del Rey San Fernando, de Ramón Bonifaz, de Francisco Suárez, de Tirso de Molina o de Rojas Zorrilla, se ve en seguida que España puede, en cualquier momento, por merced de los designios de su historia, echar mano de cualquier hijo ilustre para que se mida y alcance la profundidad de su linaje humano. Y así, apiñados en un breve lapso de tiempo, se dan el gobernante, el soldado, el teólogo y el dramaturgo ilustres, aunque todos lleven en su parte de los demás, no todo, pero sí lo bastante para hacer dependientes, dentro de su autonomía, los rangos de su genio en la especialidad determinativa que sea. Porque el Santo Rey fué conquistador y gobernante, como Bonifaz fué soldado y conquistador asimismo, y Suárez, igualmente conquistador y creador, y Tirso de Molina, como Rojas Zorrilla, creadores también, conquistadores, si se quiere, de mundos de ficción, que tendían, en lo suyo, a sentar pauta para la formación y orden de esos otros mundos que el soldado agencia con su brío, el gobernante eleva con la sabiduría de su ciencia política, y el teólogo encauza y afianza con la verdad de su doctrina redentora.

Como es de suponer, el Estado español, atento a estas significativas efemérides, ha trazado un plan de positivas y fecundas resonancias patrias para que tales efemérides no transcurran entre la indiferencia de las gentes. Por el Estado en sí es lo de menos. Por las gentes, no. Por las gentes de dentro y de fuera; sobre todo, por las de dentro, porque, por lo común, se olvidan en familia, por excesivo contacto, los méritos de los mismos deudos. Y nada mejor, para la moral de los pueblos, que mantener siempre en vilo, como espejo y como estímulo, las glorias de su propia cimentación, tradicional y castiza. Un pueblo sin pasado, apenas si calcula y tienta las conquistas del futuro. Se limita, un tanto superficial y algarero, a masacullar su presente, en sociología o en arte, para ir tirando. Y así, los pueblos se anquilosan, no obstante su ligereza, y cuándo acuerdan, están huecos de contenido para una empresa de alcurnia.

El Gobierno de Franco no se va a circunscribir, como es de rigor, a una simple recordación de nuestro antiguo auge. Un auge

que, por fortuna, no se ha interrumpido, lo que prueba la severidad de nuestro anterior aserto. Nada de eso. Aprovecha la culminación de esas fechas para, al propio tiempo, sumar a la exaltación meramente literaria, si se quiere, la consecución de obras prácticas que sirvan de marco al festejo y, consiguientemente, de pretexto para que el pueblo español halle, en sus afanes, los medios legítimos de superar, si es posible, el legado de sus precursores. O sea, que no sólo habrá fiestas de erudición y populares, sino apertura de centros y entidades que cooperen a la labor de engrandecimiento patrio que, de modo sistemático, sin prisa y sin pausas, está llevando a término la firme voluntad de nuestros gobernantes.

No todo es júbilo popular sobre el viejo solar de la patria. Sobre ese solar, junto al pueblo en algazara, se van a inaugurar este año, para que lo ideal no se divorcie de lo útil, la cátedra de San Fernando—invocación del siglo XIII, tan pródigo para el prestigio de España—, la vivienda del humilde, la escuela, el taller, el templo, el museo, nuevos o reconstruidos, generalmente nuevos; el centro sanitario, el organismo investigador, asimismo nuevos y capaces, suficientemente dotados, para que el pueblo español, alto y bajo, artesano y artista, encuentre, tras de las horas de expansión y de asueto, la fuente viva de su perfección en el trabajo o en la sabiduría.

Obra del Gobierno de Franco, reiterada y altruista, que, en el orden de la cultura y del trabajo, viene a ser a la manera de esas grandes lámparas que portan los peregrinos en la Meca, con el fin de encender en ellas sus antorchas y que la caravana no se detenga jamás...

LOS EÇA DE QUEIROZ

EN LA LITERATURA Y EN
LA VIDA DE PORTUGAL

Por VICTOR DE LA SERNA

ANTONIO Eça de Queiroz es un hijo directo, bravo y mosqueteril, de la famosa generación del rescate. Aquella generación que al grito fabuloso del gigante rubio e isleño Anthero de Quental se alzó en la encrespada, turbulenta Coimbra, en la que las aguas líricas del Mondego se encrespaban como atlánticos indomables porque a veinte jóvenes no les gustaba un Portugal agarbanzado y mediocre. Querían otro, y le buscaban a gritos por las rúas y los claustros de Coimbra como enloquecidos descubridores, navegantes otra vez en un mar de las tinieblas.

La tierra salada entre Coimbra y el mar era entonces un nido de aguiluchos. Toda la aparente calma portuguesa, conformista y adocenada, que se remansaba en Lisboa entre barbudos fantasmones retóricos, se vió de pronto sacudida, invadida, hostigada por la inquietud tormentosa de la batalla de Coimbra, que se libró primero a punta de pluma en panfletos y hojillas y más tarde a punta de espada francesa. Se defendían entonces las ideas estéticas y filosóficas de un modo que nos parece ahora anacrónico, pero que tenía una gran arrogancia humana.

De la taberna de las tías Gamellas, en una calleja de Coimbra, salían mensajes y consignas ardientes y disparatados. Abrasaban los caletres de los jóvenes fidalgos que buscaban como locos un Portugal mejor. Afirmaban, negaban, montaban las más extravagantes paradojas, entre suspiros de un romanticismo tardío o entre gritos de guerra. Y un buen día los veinte de la fama, encendidos por el verbo caliente y oceánico de Anthero, le enviaban un ultimátum al zar de todas las Rusias y proclamaban entre las frondas del Chopal la libertad de la Polonia oprimida. Otro día pedían y lograban la destitución del señor Rector. Otro exigían la cabeza del pontífice de la crítica, Castillo. Coimbra, «ardiente y fantástica», disparaba como piedras de honda proyectiles sobre el Portugal dormido.

Entre aquellos lansquenets enfurecidos, un joven pálido, más pálido dentro de la ropilla negra del escolar, José María Eça de Queiroz, se agitaba como un poseso. Cuando oyó hablar a Anthero por primera vez en la escalinata de la Universidad dobló su manto sobre un escalón y se sentó a sus pies. Anthero y Eça componían así un grupo histórico, un monumento vivo y palpitante al Portugal entrevistado.

Porque les gustaba otro Portugal empezaron por negar el que vivían. Le negaban con esa feroz injusticia fecunda conque los jóvenes niegan el pasado porque les desagrada el presente. La España cercana tampoco les gustaba, exactamente por lo que nos gustaba a nosotros la España que no le gustaba a José Antonio. Eso sí: amaban a Portugal como nosotros amamos a España: hasta la congoja. Hasta como le dolía a don Miguel de Unamuno.

Y se dejaron fascinar por Francia, sin darse cuenta de que por haber la generación que combatían dejado que Francia la fascinara, Portugal no les gustaba. Esto habría de comprenderlo mejor que nadie, años más tarde, José María Eça de Queiroz.

Cuando el novelista comenzaba sus estudios de Derecho en la Universidad, parece que el Rector le preguntó si sabía francés. Y al contestar que sí, el buen caballero suspiró beatamente: «Entonces tenemos hombre.»

Aquel Queirosoño marfileño y débil fué más tarde lanzado al



mundo en que había querido incrustar su Portugal amado. Fué en la Habana al baile en Capitanía, y un día remontó el Hudson en uno de aquellos barcos de ruedas de alta chimenea que desmeleaban sus humos minerales entre las brumas del río sucio y denso, tornasolado de aceite y fangos. ¡Qué distinto aquel río frío, protestante, sin nenúfares ni pobedas, del lírico Mondego, en el que, según Anthero de Quental, «con un cesto de naranjas y una guitarra se podía hallar un fugitivo goce!».

Eça de Queiroz escribió entonces una palabra que quiero cortar como una rosa de eterna lozanía: «La civilización no es tener una máquina para cada cosa y un millón de cada cosa. La civilización es un instrumento. No es una construcción.» A veces, de la comparación simple y material de dos ríos lejanos se deduce una teoría importante. Probablemente, cuando Eça escribía aquellas palabras le andaba por la fantasía el rumor del Mondego con sus orillas coronadas de pámpanos como un pequeño dios europeo.

Aún le quedaba a Eça aborrecer París, a quien tanto amaba de lejos. Había pasado ya algunos años en su casita de Neuilly, donde su hijo Antonio correteaba como un gorrioncillo, cuando una noche, en una escapada del novelista a Portugal, al pasar solo, en un departamento del tren, por la estación de Coimbra, lo descubrió el bravo Oliveira, un huracán de muchacho que veneraba al maestro. Un tumulto de manteos y una tempestad de vítores se levantó junto al tren. Eça de Queiroz se emocionó y lloró sin palabras, silenciosamente. Estaba entonces terminando su novela final, *La ciudad y las sierras*, en que al fin encontraba a su Portugal entero, antiguo y moderno, entrañable y caliente, sin edad y sin orto ni ocaso, como las estrellas. Sus últimos días en París los gastó en recorrer los tenderetes de los muelles del Sena en busca de viejos libros portugueses. Y les decía a los jóvenes estudiantes lusitanos que le sorprendían ya doblado por la enfermedad: «Estudiad, muchachos. Leed nuestros clásicos. Amad a Portugal.»

Eça de Queiroz había dado la vuelta al mundo física e intelectualmente, desde la tormenta de la batalla de Coimbra hasta su

dulce muerte en Neuilly, para, después del agitado periplo de su vida, hacer un gran descubrimiento : Portugal.

Antonio Eça de Queiroz, su hijo, es también hijo de aquella batalla. Y ha partido del Portugal descubierto por su padre tan dolorosamente. Como era un Portugal hermoso, juvenil, atlético, oreado de atlánticos vientos, enroscado en los rumbos infinitos del espíritu; un Portugal con mensaje para la Humanidad, un ibérico Portugal entero, bajo cuya dulzura aparente se esconde la tormenta que a veces desencadena para darse el gusto de vencerla, Antonio Eça no ha tenido que hacer nada más ni nada menos que defenderle. Lo ha hecho como un legionario del espíritu y de las armas. Él continúa la generación del rescate con una arrogancia muchas veces incómoda. Pocos españoles comprenderán mejor que yo los goces que Antonio Eça de Queiroz ha experimentado en el fragor de la batalla, en el destierro, en la persecución, en las noches negras y sin aparente esperanza en que acechan las pistolas y la intriga. Hombre de aire libre, le gusta agitar su penacho con riesgo y con arrogancia. Manojito de nervios, comprimida cámara de explosión, está siempre dispuesto a saltar con la pluma, con la palabra, y si se tercia, que ya se ha terciado varias veces, también con la espada.

Si se trata de defender el gran Portugal de hoy, señor de sí mismo, sembrado en la batalla de Coimbra y cosechado en la Revolución Nacional, Eça de Queiroz, abandonará su cenáculo de Lisboa, donde en realidad no hace otra cosa que velar las armas, para blandirlas como un orate en el campo de cualquier batalla.

Y como es seguro que cualquier batalla que Portugal libre será también una batalla de España, allí nos encontraremos, Eça de Queiroz.

Nuestro río epónimo, Quirosiño amigo, es un río chiquito. Y sobre él hay una copla que me gusta repetir en cualquier ocasión : lo mismo en una merienda junto al Soto de Migas Calientes, ducal y majo, con unos amigos, que en esta evocación, en que nuestra generación del rescate está presente. La copla es ésta, una segui-

dilla del madrileño Lope de Vega, que embarcó en Lisboa para pelear contra el inglés. Y suena así :

*Manzanares claro,
río pequeño,
que por no tener agua
corre con fuego.*

EL CINCUENTENARIO DE LA GENERACION DEL 98

Por MIGUEL PEREZ FERRERO

ESTE año se cumple el cincuentenario de la generación del 98. ¿Qué ha sido esa generación? ¿Cuál su significado? ¿Qué ha querido y pretendido? Hasta 1913 la denominación no se lanzó y sostuvo, y ello se debe a *Azorín*, que lo hizo en cuatro extensos artículos de *A B C* en los días 10, 13, 15 y 18 de febrero. En el último párrafo de su trabajo final de dicha serie se expresaba así:

«... La generación del 98 ama los viejos pueblos y el paisaje; intenta resucitar los poetas primitivos —Berceo, Juan Ruiz, Santillana—; rehabilita a Góngora —uno de cuyos versos sirve de epígrafe a Verlaine, que creía conocer al poeta cordobés—; se declara romántica en el banquete ofrecido a Pío Baroja con motivo de su novela *Camino de perfección*; siente el entusiasmo por Larra y en su honor realiza una peregrinación al cementerio en que está enterrado y lee un discurso ante su tumba y en ella deposita ramos de violetas; se esfuerza, en fin, en acercarse a la realidad y en desarticular el idioma, en agudizarlo, en aportar a él viejas palabras, plásticas palabras, con objeto de aprisionar menuda y fuertemente esa realidad. La generación de 1898, en suma, no ha hecho sino continuar el movimiento ideológico de la generación an-

terior; ha tenido el grito pasional de Echegaray, el espíritu corrosivo de Campoamor y el amor a la realidad de Galdós. Ha tenido todo eso; y la curiosidad mental por lo extranjero y el espectáculo del desastre —fracaso de toda la política española— han avivado su pasión y han puesto en su tendencia una variante que antes no había.»

Todo lo que dice en el breve párrafo que acabamos de transcribir el maestro *Azorín* lo había ido exponiendo y analizando a lo largo de sus cuatro artículos, situando la cuestión en el primero con un planteamiento del problema de entonces —y de todos los tiempos— de los jóvenes y los viejos con referencia a un trabajo de José Ortega y Gasset titulado, en *El Imparcial*, *Competencia*. En el segundo artículo expresaba, entre otras muchas cosas: «Unid el grito de pasión de Echegaray al sentimentalismo salvarino de Campoamor y a la visión de la realidad de Galdós y tendréis los factores de un estado de conciencia que había de encarnar en la generación del 98. Ya antes de esa fecha esas derivaciones de la literatura habían de comenzar a manifestarse en la crítica social. El desastre precipitó la floración revolucionaria; la protesta adquirió caracteres de clamor nacional. Parlamentarios y publicistas lanzaron al viento las más violentas imprecaciones...» El tercer artículo lo consagró a determinar y discriminar los antecedentes que pudiéramos llamar «de espíritu político» del grupo. No olvidó *Azorín* de presentar en aquellos trabajos a los principales miembros o componentes del grupo con las influencias extranjeras que dejaban huella profunda en su formación de españoles literarios. En Unamuno se advertían principalmente las de Ibsen, Tolstoi y Amiel; en Benavente, las de Molière y Musset; en Baroja, las de Dickens, Balzac y Gautier; en Manuel Bueno, las de Stendhal, Brandes y Ruskin; en Maeztu, las de Nietzsche y Spencer; en Rubén Darío, las de Verlaine, Bainville y Víctor Hugo, y en Valle Inclán, las de D'Annunzio y Barbey d'Aurevilly. Por eso, al enfrentarnos siempre con esta generación de escritores que lograron dar a nuestras letras un nuevo poderoso impulso, como lo ha apuntado perfectamente Pedro Laín Entralgo en el vasto volumen

que dedicara al grupo, hallamos que no son los detalles formativos los que les unen, sino un común espíritu, constituido por idénticas esencias.

Hoy, la generación del 98 es un hecho, y un hecho que pertenece a la Historia gloriosa, porque sus hombres son exponentes incommovibles del más alto valor hispánico. Sintieron lo eterno de su patria: el alma, el paisaje, las costumbres y los libros inmortales. Y sintieron también la desgarradura del desastre de la pérdida de nuestras colonias, no a la manera de plañideras, porque no eran boabdiles, sino con rabia, con valentía, con hombría. Fustigaron y, a veces, su celo reformador les llevó, quizás, a no ser justos en determinados extremos, o a exagerar otros, pero su intención de patriotas puede verse y analizarse ahora, serenados por la distancia que va de lo actual a lo histórico, y surgirá palmaria.

Haría falta un muy extenso ensayo sobre la generación del 98 para recoger todos sus aspectos, para fijar bien toda su trascendencia en nuestra vida, y el enorme influjo en las generaciones posteriores, principalmente en los hombres del país dedicados a cualquier estudio. Pero la tarea, de hacerla, no sería sino repetir la ya efectuada por el citado Pedro Laín Entralgo. Y en este momento sólo tratamos de pergeñar una nota conmemorativa, o mejor, de celebrar un cumpleaños, unas bodas de oro. La mayoría de quienes formaron la generación ha muerto, y únicamente quedan tres nombres de primer plano, tres escritores, a los que Dios nos conserve. Son el propio *Azorín*, Pío Baroja y Jacinto Benavente. La lista de los que ya hicieron el postrer viaje es muy extensa. Pero ese grupo continúa viviendo entero, no sólo en los recuerdos puramente literarios, sino en los personales, de anécdota, de muchas gentes. Casi todos los que hemos pasado de la primera juventud conocimos de trato a aquellos maestros, les escuchamos y tuvimos ocasión de aprender en sus conversaciones, como procurábamos aprender en sus obras. ¿Quién, al tener entre sus manos una de las sonatas de Valle Inclán, no se le representa con su larga barba, su brazo único, su capa romántica? ¿Quién no se hace la ilusión de estar oyendo sus palabras, sus fabulosos relatos, que tan fácil y felizmente salían

de sus labios si estaba de humor; sus magníficas lecciones sobre estética? ¿Quién, al posar los ojos en unos versos de Antonio Machado, no le ve «misterioso y silencioso», descuidado de aliño, y tan afable ¡y tan humano!... Y así, los demás: Maeztu, Manuel Bueno, Unamuno, que andaba, con su chaleco cerrado, a pelo y a cuerpo, por el invierno madrileño, y Manuel Machado, pinturero hasta sus días últimos, consciente de su gracia personal, como de su gracia poética.

Efectivamente, en esos escritores no hubo un propósito de unirse en grupo, de formar como un frente y mucho menos de aplicarse como tal «reunión» un denominativo. Fué la realidad, contrastada en el tiempo, gran contrastador de todo, quien les agrupó para el mundo, para las generaciones de después. No les enlazaba coincidencia en las edades, ni unidad de preparación, ni siquiera estrecha amistad. Empero, como hemos señalado anteriormente, la atadura era mucho más fuerte, más sólida, más duradera que todo eso.

La obra de cuantos forman esa generación está dedicada a España y es, por encima de todo, netamente española. Coged cualquier libro de uno de ellos y hallaréis el más profundo sentido de lo español. En *Azorín* hemos aprendido a leer a los clásicos, porque nos llevó de la mano a interesarnos por sus vidas y escritos, porque nos desbrozó el camino y nos abrió la gran puerta de entrada. Los tipos de las novelas de Baroja no despintan su procedencia, no desmienten su psicología. En la prosa de Valle Inclán redobla el tambor de España. Unamuno y Maeztu nos van revelando un orden de ideas que no podría ser otro que el nuestro, y Manuel Bueno, tan atildado, tan elegante en su atuendo como en sus frases, hace de la crónica una espléndida flor de nuestros hermosos jardines.

Los escritores del 98 fueron, ante todo y sobre todo, individualistas y románticos. La extrema independencia de cada cual desconcertó, especialmente cuando se empezó a analizarles y juzgarles, a sus primeros comentaristas, hasta el punto de mostrarse temerosos de afirmar la existencia de una relación, no obstante indis-

cutible, entre ellos. En cuanto a su romanticismo, no se tradujo solamente en gestos, como el de la peregrinación al cementerio donde reposara Larra. Desafiaron, cierto es, siempre que hizo falta, a la masa, a la opinión mediocre, sin ahorrar el ruido e, incluso, el escándalo. Tuvieron, en instantes, ademanes desmesurados; pero en sus interiores, todavía tumultuosos, se advertía una corriente de serenidad que iba a predominar muy pronto, porque eran curiosos insaciables de lectura y merecían el calificado de disertos.

Se aprenden los autores anteriores, los inmediatos y los lejanos. En casi todos, el conocimiento de «clásicos» y «románticos» es profundísimo, y cuando *Azorín* titula así, con las dos palabras, uno de sus libros, resulta del volumen una gran lección de literatura. Acerca de los grandes escritores y poetas del áureo siglo, el pensamiento de Unamuno, de don Ramiro de Maeztu, de Antonio Machado, el impar poeta de Castilla, gira constantemente, para recoger la siembra y devolverla en abono nuevo, fecundo.

Más que unos escritores políticos, son todos los del grupo unos literatos que sienten en la entraña la preocupación por su patria, y que no se despegan de ésta en sus ideas, en sus observaciones, en sus evocaciones, si se hallan viajando o de residencia en el extranjero. España, en sus hombres, en sus costumbres, en sus caminos y en sus campos, la llevan a toda hora en sus retinas y en sus corazones. Les apasiona andar a pie hasta los más recónditos rincones, visitar los lugares «por descubrir», que eran tantos, y así, el lector que jamás sintiera la necesidad de viajar, sabe de sitios de su tierra y su cielo que no sospechaba y que, a través de las descripciones, le cautivan, le ganan para sus paisajes y su ambiente. Como amantes de la Historia, acierta a pintarlos en su libro Pedro Laín Entralgo en su condición de buceadores que no se conforman con el concepto de los historiadores profesionales, ni con el dato muerto que ofrecen los rebuscadores, al uso en aquellos días, de viejos papeles. Ellos reavivan el dormido aliento de los personajes que existieron, y a los que reanima, al ser narrada, la

viva fuerza de lo que realizaron, de lo que amaron o de lo que sufrieron. Alternan, pues, en las atenciones de esos escritores el presente y el pasado, la realidad y la ficción, la doctrina y la poesía.

Se criticó mucho a los componentes de esta generación del 98, en sus días iniciales, cierta intemperancia, cierta violencia, que no escatimaron en muchas ocasiones. Fueron más acres que otros en las horas de los comienzos. Pero aquello era una señal inequívoca del tesoro de ímpetu que anidaban sus inteligencias, sus voluntades y sus corazones: un crédito, que se ha demostrado de sobra que se les podía conceder, para el futuro.

Si la generación del 98 se debió, en parte, como todas, a antecedentes filosóficos y literarios, a lo largo de su prolongada etapa de labor, fué superando aquellos antecedentes; quiere decirse que sobresalió de ellos casi siempre, y llegó a constituir una de las generaciones más fuertes, con más carácter, de nuestra literatura.

Habrá observado el lector que en estas sucintas páginas no nos cansamos de repetir la palabra «literatura», y es que, eso sí, hay que determinar bien, remachar bien, que la generación del 98 es esencialmente literaria, pese que quienes forman en ella —quienes en ella formaron— recojan las corrientes sociológicas y mediten y escriban sobre ellas. Incluso en los casos de Unamuno y de Maeztu, escritores y literatos antes que nada.

Al cumplirse ahora el cincuentenario de esta generación, una de las más poderosas, de las más fecundas, de las que más huella han dejado en los españoles del día, no podemos menos de entonar el loor a aquellos hombres, de los cuales permanecen entre nosotros, sin separarse de la tarea magistral, algunos de sus representantes cimeros. Los años han transcurrido, sucesos desgraciados y afortunados han marcado las alternativas de nuestra patria, y, través de los avatares, el sentido de los escritores del 98, su estética, sus enseñanzas, se han impuesto y han formado otros espíritus nuevos que aspiran a ser sus sucesores y sueñan una labor análoga, empero tan difícil, cuya interrogante se traza en el aire.

En el actual panorama español, las gentes literarias del 98 apa-

recen a nuestros ojos como montañas al fondo de un paisaje de colinas.

Gran generación para quienes la admiten; grupo excepcional para los que todavía, pese a estar en la conciencia de todos, se obstinan en no aplicarle esa denominación y, en último término, afortunada floración de unos valores que patentizan la continuidad y la inmortalidad del espíritu y la cultura de nuestro país.

MENENDEZ PELAYO Y LA LITERATURA ITALIANA

Por CARLOS CONSIGLIO

SÓLO un estudio muy escrupuloso y detenido podría verdaderamente poner de manifiesto el conocimiento profundo que don Marcelino Menéndez Pelayo tuvo de Italia y de la cultura italiana. Investigador profundo e infatigable, puede decirse que no existen puntos de la historia literaria de Italia que le fuesen desconocidos: admirador de Dante y de Petrarca, conoció detenidamente sus obras; lector de Boccaccio y de todos los novelistas italianos que le siguieron, da prueba segura de su conocimiento en los *Orígenes de la novela*; lector de los literatos de los siglos XVI, XVII y XVIII, en cada página de su obra donde se le ocurre hablar de ellos, se nota, no sólo el seguro dominio de los temas que discute, sino también la serena, desapasionada justicia del estudioso honrado y del hombre íntegro, que aprecia lo bello donde se encuentre y se siente ciudadano de cualquier ciudad donde se honre al arte y a la literatura, sin dejar de conservar intacto su apasionado españolismo. ¡Cómo huye de odiosos parangones y cuán serenamente juzga allí donde otros, por un mal entendido amor de patria, se habían cruelmente ensañado! No sólo de doctrina es maestro don Marcelino, sino de elevado sentir y de recta conciencia.

Pero acaso sean de particular interés los juicios que don Marcelino formula con ocasión del viaje que en su juventud hizo por Italia, del que nos ha dejado recuerdo en cinco cartas dirigidas a don José María Pereda y que fueron publicadas por primera vez en la revista *La Tertulia*, de Santander, en el año 1877, coincidiendo con aquel viaje. Contaba entonces don Marcelino sólo veintiún años, y aun cuando ya había dado buena prueba de su madurez intelectual, no deja, sin embargo, de impresionarnos en estas cartas la seriedad con que trata las cosas que ha visto o aprendido y más aún el hecho de que en ellas no se haga ninguna concesión al matiz descriptivo.

Hace algún tiempo oímos decir a un joven crítico, un poco original, como su edad lo requería, que don Marcelino carecía de intimidad. Considerándolas desde un punto de vista vulgar, estas cartas parecen darle un poco la razón. Imaginemos, en efecto, un joven de veintiún años que, por primera vez sale de su patria, España, y se dirige a Italia, tierra llena de atractivos, de bellezas, de diversiones para cualquier turista (téngase en cuenta que se trata de la Italia de 1877). Por amante que sea el joven de la cultura y del arte, por decidido que vaya a aprovechar el viaje para aumentar sus conocimientos, no cabe duda que la belleza de la tierra que pisa por primera vez y su misma edad deberían disuadirle de reducir todo el viaje a una estricta lección.

Y, naturalmente, si además el joven, con pretensiones literarias, se decide a relatar, en forma epistolar a un amigo, las impresiones de su viaje, debiéramos esperar en estas cartas algún indicio de entusiasmo para el paisaje y para las diversiones que han amenizado su estancia en aquella tierra.

Entusiasmo, desde luego, no le faltaba. El joven literato llega apenas a Italia, y su alegría se anuncia con las frases bien significativas que abren la primera carta: «Et in Arcadia ego». Séame lícito traer a mi cuento estas palabras que se escribieron con propósito muy distinto. También yo he venido a Italia, y, lo que es más, a Roma». Pero todo lo otro quizá decepcione un poco. Ahora nosotros no hacemos a don Marcelino el agravio de creer que su

espíritu no se complaciese en la admiración de cuantas bellezas artísticas y naturales le ofrecía la península. Pero describirlas, esto era otra cosa. Don Marcelino no era un poeta ni un novelista. Estamos seguros de que sus descripciones hubieran resultado profundas e interesantes; pero él sabe que no es aquél su oficio y renuncia a ello con un pudor que no está privado de encanto, excusándose con una frase de Salustio: «De esto vale más callar que decir poco.»

Así, si estas cartas de Italia pareciesen a alguien confirmar el severo juicio del joven crítico, quisiéramos preguntar: ¿y qué sabemos nosotros qué tesoros de íntimo deleite suscitó en el polígrafo santanderino la vista del Foro Romano y del Golfo de Nápoles, por ejemplo? ¿No es, quizá, más sincera y profunda su intimidad, que no se disipa en la rebusca de vanas palabras y calla por no «decir poco», frente a otras presuntas intimidades que se divulgan en descripciones grandilocuentes, ricas de retórica y de lugares comunes? Pero aún hay que hacer otra consideración. En estas cartas habla don Marcelino de los españoles ilustres que fueron a Italia y trata de las bibliotecas de Roma, de la de Nápoles; Florencia le ofrece ocasión para recorrer en admirable síntesis la literatura italiana; Venecia y Milán le proporcionan el motivo para presentar la literatura contemporánea suya. Todo dicho con admirable exactitud y seguridad de visión, pero también con verdadero sentido de calor afectuoso hacia los asuntos que trata. Llega el estudioso santanderino a Roma, a Nápoles, admira los monumentos, contempla los panoramas, pero después corre a encerrarse en las bibliotecas y allí busca ansioso y afanoso de encontrar libros desconocidos para él, textos que no posee en la suya, tan rica y que hoy es honor y gloria de Santander. Y bien: ¿no es también ésta una forma de intimidad? No la intimidad sentimental del romántico, no la intimidad encendida del pasional, sino la intimidad serena del erudito que ha hecho del estudio y de su principal instrumento, el libro, el fin fundamental de su vida. Sabemos que para un visitante apresurado y desatento, una biblioteca es perfectamente igual a otra biblioteca. Tal vez para don Marcelino una ciudad pudiera ser igual

a otra ciudad; mas ¡qué tesoros de novedad no revelaría, en cambio, a su penetrante ojo de bibliófilo una colección de libros que visitase por primera vez! No nos hagamos, pues, monopolizadores de la intimidad; no seamos soberbios al creer que sólo nuestros sentimientos son verdaderamente tales, y admiremos, por el contrario, en Menéndez Pelayo el mérito de haber sabido poner en práctica el elevadísimo consejo de San Juan de la Cruz: «desembarazarse de todo lo no espiritual y no embarazarse con lo espiritual».

Don Marcelino juzga siempre con tan alto y sereno ánimo que encanta. Dejemos a un lado la parte que él mismo llama de «prosaísmo bibliográfico»; esto es: las cartas II y III, y detengámonos sólo sobre las dos últimas, o sea sobre aquellas de tema literario. Y en seguida nos encontramos con una intuición de prodigiosa exactitud:

«Dante es, en verdad —nos dice—, no sólo el poeta cristiano, sino por excelencia el poeta *escolástico* y *teólogo*, la personificación artística de la ciencia de la Edad Media.» No se podría con menos palabras definir más exactamente al más grande poeta italiano; e igualmente perfecta es la definición de su obra: «no un poema *épico*, nombre impropio que le ha dado *a posteriori* la pedantería de críticos y preceptistas empeñados en poner nombres a todo, sino una obra titánica, no reducible a ninguno de los géneros conocidos, obra a la vez de carácter íntimo y de carácter universal; obra en la que pusieron mano cielo y tierra, para decirlo de una vez».

No nos es posible, naturalmente, seguir a don Marcelino en todo su viaje ideal, que, desarrollándose en la ciudad de Florencia, se detiene precisamente cuando esta ciudad se ve obligada a compartir su supremacía literaria con otras ciudades. Pero es verdaderamente interesante, en la última carta, notar cómo su juicio nada pierde de serenidad y de exactitud cuando trata de escritores de su siglo y hasta de sus contemporáneos.

Me limitaré a dos solos ejemplos: He aquí cuanto dice de Parini: «Parini no era muy espontáneo: cada verso suyo muestra haber sido limado y caldeado cien veces; pero tal es precisamente

la condición esencial del instrumento rítmico que él empleaba. Profesó el poeta lombardo de quien escribo verdadero culto al arte, y así, por esto como por no haberse manchado jamás con los vicios morales y literarios comunes a su siglo, vino a ser como el patriarca y corifeo de una nueva y generosa escuela que se continúa en casi todo el siglo presente, y que (¡cosa rara!) inaugurándose con un poeta clásico y semilatino, acaba por abrirse a la invasión romántica más que ninguna otra escuela italiana.» Ahora bien: el juicio crítico contenido en estas frases es fruto de una genial intuición de don Marcelino, porque en su tiempo se habla de bien distinta manera sobre Parini, y sólo ulteriores pesquisas y más cuidadosas investigaciones ofrecen hoy, en la crítica contemporánea, una fisonomía de Parini que no desdice del juicio que hemos relatado.

Y veamos lo que dice de Leopardi: «... llamado por algunos el lírico de la desesperación y de la muerte, pero a quien yo llamo con igual razón el lírico de la forma pura y de la armonía clásica, el que más se ha acercado a los antiguos en estas condiciones. Si Foscolo era un griego de Alejandría, Leopardi es un griego de Atenas y de la era de Pericles.» Juicio certero de gran finura. Y de semejante manera aparecen altamente adivinadas ciertas breves frases que caracterizan y definen perfectamente a los escritores a que se refieren: «Giacomo Zanella, erudito veneciano, algo prosaico a veces...», «Guerrazzi, talento poderoso, aunque desigual y muy poco simpático...» «y aquel Silvio Pellico, no grande ingenio, pero sí grande alma».

Alguno podrá preguntarse si era necesario ir a Italia para escribir esto. Pero aquí retorna el problema de la intimidad espiritual. Es verdad que a todos estos escritores los había leído y estudiado don Marcelino en España, pero uno por uno y no seguramente en orden. Ahora el aire de Italia le trae a la memoria aquellos recuerdos y se los recompone en la mente en síntesis ordenada y armónica.

¡Mente noblemente perfecta la de don Marcelino! Y valga para honra de su patria, que venera su memoria.

HECHOS

HOMENAJE A "AZORIN"



HACE ahora algo más de treinta y cuatro años que en una triste tarde de noviembre, las mejores voces de España le dijeron a *Azorín* su alegre mensaje en pago a la belleza, al goce, que hasta entonces les había dado con sus libros. Ortega, Juan Ramón, Baroja y Antonio Machado hablaron bajo las frondas de Aranjuez. Después, en 1928, en la «sagrada cripta», de Pombo, bajo el mando literario de Ramón Gómez de la Serna, se volvió a exaltar al maestro, a quien ahora, en los últimos días del año de 1947, se ha hecho un bello, sencillo, cordial y emocionado homenaje, promovido por la Sección de Cultura del Ayuntamiento matritense, que nunca sabe estar ajeno a honrar a las figuras gloriosas que en el pasado y en el presente dieron y dan honor a la Villa de las Siete Estrellas.

Para ser rigurosos en la crónica literaria hemos de precisar que fué en el Salón de Cisneros, de la Casa de la Villa, donde hubo cobijo el homenaje al maestro *Azorín*. Un público numeroso y distinguido, entre el que figuraban los académicos señores González Amezua, Fernández Almagro, García Gómez, De Diego, Marañón, Hernando, Fernández Flórez, Vázquez Díaz y Cossío; el Director de la Escuela de Cerámica, señor Alcántara; el Director del Instituto Francés, Mr. Guinard; los cronistas de la Villa, señores Velasco Zazo, Rodríguez de Rivas, Bonmatí, Ruiz Albéniz y Répide; los escritores y periodistas señores Serrano Anguita, Pérez Ferrero, Castro, Montero Alonso, Cardenal Iracheta, Luca de

Tena, García Nieto, Echarri, Canito, Montarco, Figueroa, Pá-
nero, García Venero, Sierra Corella, García Cortés, Borrás, Ca-
ñabate, Sánchez Camargo, Barberán, Vela, Sáinz de Robles, Calvo
y Sampelayo, así como distinguidas damas y una numerosa y selec-
ta concurrencia de lectores del autor de *Los pueblos* llenaba la sala.

En el estrado presidencial, con el Excmo. Sr. Alcalde de Ma-
drid, Conde de Santa Marta de Babío, tomaron asiento, a su dere-
cha, los señores *Azorín*, Millán Astray, Gistáu, Mr. Walter Starkie,
Director del Instituto Británico, y don Eulogio Varela, Director de
la Hemeroteca Municipal; a la izquierda del Alcalde lo hicieron
el Presidente de la Real Academia Española de la Lengua, exce-
lentísimo señor don Ramón Menéndez Pidal; Excmo. Sr. D. Eduar-
do Aunós, Presidente del Tribunal de Cuentas; Ilmo. Sr. D. Pe-
dro Rocamora, Presidente del Ateneo de Madrid; el ex Ministro
señor Serrano Suñer y el Excmo. Sr. D. Julio Casares, Secretario
perpetuo de la Academia Española.

Como en el acto de Aranjuez un lejano noviembre, como en la
noche de Pombo, fueron en el acto de la Sala de Cisneros cálidas
y cordiales las voces que sonaron en loor de *Azorín*. La bienvenida
corrió a cargo de don Eulogio Varela, quien nos habló de su le-
jana admiración azoriniana. De cómo hoy, ya hombre cano, tiene
por él igual veneración de cuando era mozo. Breves, justas, sen-
cillas las palabras de don Eulogio Varela, uno de los promotores
de este homenaje y organizador de la interesante Exposición bi-
bliográfica azoriniana en la Sala Antonio Asenjo, de la Hemero-
teca, que hoy él rige con acierto indiscuible. Largos y prolongados
aplausos sonaron tras la lectura de sus cuartillas. A continuación
él mismo leyó las de don Pío Baroja —que no pudo acudir por
hallarse enfermo—, que fueron de grandísimo elogio para *Azorín*
en su calidad de luchador del idioma. El viejo maestro saludaba
desde su ancianidad, también gloriosa, al amigo y compañero de
tanta tormenta, de tanta procela también, y aquí, que me perdo-
ne *Azorín* si, al hacer una frase para esta crónica, vine en hurtarle
una suya en la dedicatoria impresa de uno de sus últimos y más
bellos libros.

Nutridos aplausos siguieron a las cuartillas de Baroja, y después sonó la voz dura, castrense, viril y emocionada de Millán Astray, que dejó oírse para decir su admiración constante a *Azorín*, para decir cómo la Legión entera batía marcha de honor por *Azorín*, el gran español. A los aplausos tributados a las palabras de Millán Astray vinieron a unirse los que *Azorín* recibió al ponerse en pie para decir las siguientes y bellas palabras :

«Gracias expresivas a todos. No merecía yo tanto; interpreto este acto como un momento de recapitulación. El motivo, para ello, es hoy un escritor; mañana podrá ser otro. Cuantos estamos aquí y cuantos están fuera de aquí podemos unirnos en un haz de espiritualidad. España será la trabazón de nuestros pensamientos. El tiempo discurre: no nos obstinemos nunca contra lo ineluctable. A fines del siglo XVI Lope escribe su poema castellano *Isidro*; cuando el poeta está escribiendo, Felipe II vive; Lope, dirigiéndose al Monarca, le dice: «Gran Filipo: En vuestra edad todo ha venido en aumento.» Felipe II muere en 1598; en ese instante preciso, el Tiempo, calladamente, sigilosamente, imprime un nuevo giro a España: se pasa de una edad a otra edad. Como si lo presintiera, el poeta, en este libro, nos advierte la necesidad ineludible de caminar :

*Que en la senda del vivir
no ir delante, es ir
atrás, y el que arar empieza
no ha de volver la cabeza,
sino arar y proseguir.*

No podemos, en el deslizarse del tiempo, detenernos ni un solo momento. La consideración del pasado —en lo que el pasado tiene de fecundo— no es óbice a nuestro caminar; ese pasado aviva nuestro afán: lo aviva con acciones en pro y con reacciones en contra. Nosotros somos una continuación de las generaciones pretéritas, y queremos, a la par, ser de nosotros mismos. Nos rebelamos a la idea de que ese pasado nos domine. No pudiéramos entonces —sin pleno dominio de nosotros mismos— preparar la vía para lo por

venir; los venideros nos reprocharían nuestra dejación. Cada siglo tiene su signo; en la España, la contraposición de esos signos muestra vitalidad. Si al acabar el siglo XVI, cuando Lope marca el «aumentó», es precisamente al término de ese auge, no nos desalentemos: a una edad de acción —acción en Europa, acción en América— va a seguir, con Lope a la cabeza, con Cervantes a la cabeza, con Quevedo a la cabeza, una edad de suave imperio espiritual; suave, pero profundo; suave, pero universal. Hay siglos en que predomina la inteligencia, y hay siglos en que predomina la sensibilidad. No creamos incompatibles uno y otro modo. Hoy, acaso, y en España, la erudición —con sus métodos modernos— aventaja a la imaginación: en la poesía, la novela, el teatro. Fenómeno tal nos hace pensar en un nuevo siglo XVIII. Procuremos la alianza: no podemos sofocar la espontaneidad del sentimiento. Si la crítica discierne, el sentimiento impulsa. En este momento de recapitulación, bueno será que cada cual cate sus fuerzas, puesto el pensamiento en lo más íntimo, lo más profundo, lo más inefable de España, de nuestra inmortal España.»

Una gran ovación acogió las palabras de *Azorín*, y acto seguido el Alcalde de Madrid dijo cómo la Villa, y por tanto su Ayuntamiento, no podía estar ausente del homenaje que los libreros de la ciudad habían tributado a *Azorín*; cómo la Casa de la Villa no podía faltar para honrar a este español que tanto quiere y ha exaltado a Madrid.

Grandes aplausos acogieron el discurso del Conde de Santa Marta de Babío, y acto seguido todos los asistentes se trasladaron a la Hemeroteca Municipal, donde en la Sala Antonio Asenjo se inauguró una bellísima Exposición de los libros de *Azorín*. En ella, junto a los más raros ejemplares de sus obras, muchas de éstas firmadas aún con su nombre de José Martínez Ruiz, figuran periódicos en los que él ha colaborado, discursos por él pronunciados, proclamas, etc. La Hemeroteca ha realizado una hermosa Exposición para honrar al gran maestro de las letras españolas contemporáneas.

RECEPCION DE DAMASO ALONSO EN LA ACADEMIA

LA Real Academia de la Lengua celebró el día 25 de enero sesión pública para recibir como miembro de número al académico electo don Dámaso Alonso.

El acto, que se vió concurridísimo, fué presidido por el Ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín, a quien acompañaban en el estrado presidencial el Director de la Academia, señor Menéndez Pidal; el Patriarca de las Indias y Obispo de Madrid-Alcalá, doctor Eijo y Garay, y los señores Casares, Cotarelo, Amezúa y García de Diego.

El nuevo académico dió lectura a su discurso de entrada, que versó acerca del tema «Vida de don Francisco de Medrano».

* * *

A los cuarenta y nueve años de su edad, Dámaso Alonso llega a la Academia con una profunda obra de creación literaria y de erudición semántica que le ha granjeado claro renombre universal, así en las aulas universitarias y centros de cultura como entre los poetas de esta hora del mundo. Es madrileño y catedrático de Filología románica de la Universidad de Madrid. Aparte de sus obras de historia y crítica literaria, en las que descuellan

los varios estudios sobre Góngora, sobre San Juan de la Cruz, Erasmo y Gil Vicente, y su antología *Poesía de la Edad Media y Poesía tipo tradicional*; aparte de sus trabajos de lingüística, ha traducido a poetas, novelistas, historiadores y filólogos de la categoría de T. S. Eliot, James Joyce y W. von Wartburg y Belloc. Ha dado lecciones y conferencias como profesor y como lector, en las Universidades de Berlín, Leipzig, Marburgo, Londres, Cambridge, Oxford, Liverpool, Sorbona de París, Columbia de Nueva York, Bruselas... No hay libro extranjero consagrado a la historia y crítica de la literatura española donde su nombre no aparezca al modo de heraldo de una nueva escuela de investigación de las fuentes de nuestra poesía y exégesis de nuestros grandes poetas universales. Cuando, en uno de sus inolvidables ensayos sobre la literatura española —*Escila y Caribdis*—, reivindicaba a nuestra poesía de la reputación que suele tener entre gente semiculta, la cual le reprocha un realismo y localismo exclusivos, Dámaso Alonso, que a la gloria de don Luis de Góngora ha consagrado los análisis más agudos y competentes que existen, recordaba los quince años de su vida en las Universidades de Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, donde frecuentemente sufrió el desvío de sus colegas extranjeros, que seguían negando a nuestra literatura todo derecho a la universalidad. Con bríos de caballero andante de la lírica española, ha defendido e impuesto Dámaso Alonso en las mejores cátedras del mundo sus valores universales, y este mismo empeño le llevará dentro de unos días a la Universidad de Yale, de la que ha sido nombrado «Visiting Professor» para el curso de primavera.

EL INSTITUTO HISPANO - MARROQUI DE TETUAN

POR Decreto de 3 de octubre del corriente año, inserto en el «Boletín Oficial del Estado» español del día 16 del mismo mes, se ha creado en Tetuán un Instituto Hispano-Marroquí. Prosigue así el Estado español su política cultural en la zona del Protectorado de Marruecos, donde tan profundas aparecen las huellas de la acción española. «Porque España—escribió García Figueras—nunca consideró el Protectorado como utilidad, sino como sacrificio, y su sentido es puramente espiritual.» Ello explica que la España Nacional incrementase de modo considerable su esfuerzo en pro del resurgimiento cultural del pueblo árabe sometido a su tutela. Con la visión que le dió la práctica de muchos años, reorganizó debidamente la enseñanza en Marruecos. Con gran acierto se desligó la enseñanza propiamente española, es decir, la que reciben los alumnos españoles de la colonia, de la enseñanza marroquí, en sus dos ramas, musulmana e israelita.

La enseñanza española quedó sometida a las mismas reglas que imperan en la Península. Programas, cuestionarios, textos, etc., son idénticos. Sin embargo, la enseñanza presenta allí un matiz especial. No se ignora que se desarrolla en un sitio donde existe otro pueblo afín con el nuestro, cuyo idioma y características no deben

desconocerse. Así, para mejorar la enseñanza española en Marruecos, y con el fin de preparar a los escolares para un contacto más fecundo con la población musulmana con la que viven, se instituyeron con carácter obligatorio enseñanzas de árabe vulgar en todas las escuelas y se viene intensificando el estudio geográfico-histórico del Protectorado y cuidándose aquellos conocimientos que redunden en beneficio del estrechamiento hispano-musulmán.

Para lograr la indispensable unidad de fines y de acción, creóse el Consejo Superior de Cultura Islámica y la Dirección de Enseñanza Marroquí. Se ha dicho que «la creación de la escuela marroquí musulmana ha sido la obra más profunda realizada en enseñanza, ya que modifica totalmente el concepto que hasta entonces se había tenido de la escuela hispano-árabe». El alcance de tal reforma fué bien claro: España quitó a esos centros el carácter de asimilación que hasta ahora habían tenido y restableció el debido equilibrio, haciendo que esas escuelas sean puramente árabes, dándose las enseñanzas en ese idioma y considerando la lengua española como conocimiento de interés para el marroquí. La dirección de la Escuela quedó confiada a musulmanes, teniendo el maestro español una misión de asesor por lo que se refiere al funcionamiento en todos los órdenes de una escuela moderna.

España no puede olvidar que el árabe es el único idioma que hablan la inmensa mayoría de los musulmanes. Por eso tiende a que la enseñanza se «arabice», es decir, que dicho idioma sea obligatorio con el español.

Consecuencia asimismo de esa política cultural es el Decreto referido, por el que se crea en Tetuán un Instituto Hispano-Marroquí. Quiérese que el nuevo Centro sirva para que los estudiantes marroquíes que desean ingresar en la Universidad española reajusten sus estudios, matizando aún más la preparación e intensificando el conocimiento de la lengua castellana; todo ello sin que deje de ser atendida singularmente su formación peculiar lingüística, religiosa y social. Propónese también que el estudiante español en Marruecos adquiera conocimientos de la lengua, geografía e instituciones del pueblo con el que convive. A estas dos finalidades se

adaptan los estudios de la Enseñanza Media, en forma tal que, conservándose las exigencias de conocimientos básicos necesarios para el ingreso en la Universidad española, tengan a su vez en cuenta esa particularidad señalada.

El Bachillerato hispano-marroquí, al que se le concede la misma validez que al español, ofrece singulares características, teniendo en cuenta los alumnos que han de cursarlo. Así, pues, la enseñanza religiosa se dará con absoluta separación, cada una en su propia lengua y por profesores del credo respectivo. También las enseñanzas filosóficas serán objeto de una separación, y se intensificará el estudio de la Geografía y de la Historia, tanto de España como de Marruecos.

Este nuevo Instituto Hispano-Marroquí que acaba de crearse en Tetuán no es el primero. Ya hace muchos años—en 1921—se estableció en Melilla la Escuela General y Técnica, en la que se cursaban todas las enseñanzas de Comercio, Normal, Artes y Oficios y Bachillerato. Los alumnos musulmanes estudian allí el Bachillerato español, a excepción de la lengua latina, que se sustituye por el «chelja» para los musulmanes y los estudios talmúdicos para los judíos.

Años después organizóse en Ceuta otro Instituto Hispano-Marroquí, con idénticas características que el de Melilla, el cual expide títulos con validez académica igual que los dados por los Institutos españoles.

El Estado español tiene presente siempre en su afán cultural al pueblo marroquí. El nuevo Instituto de Tetuán es una muestra, pero no la única. No sólo cuida de los centros, tanto en su aspecto material, como instalaciones, edificios, mobiliario, etc., sino de la organización de los planes de estudio. Y, sobre todo, del personal. Preferente atención siempre y en todo momento al maestro, «que en España es un español más, pero en Marruecos es el que más destaca». El Estado español sabe que la formación de los educadores exige mayores cuidados cuando el maestro ha de operar sobre inteligencias que nacen a la vida de la cultura y del espíritu en un medio ambiente que presenta diferentes características de

la metrópoli. Se ha de exigir entonces una mayor conciencia de la responsabilidad, un conocimiento más perfecto de las peculiaridades propias del país (historia, religión, idioma, etnología, costumbres, etc.), donde el maestro ha de ejercer su ministerio. Para ello establece la celebración anual de cursillos de orientaciones nacionales para los educadores, que son uno de los más firmes auxiliares de la política colonial.

Pero hay aún más. Queda por reseñar el afán cultural desplegado por la nueva España en la misma Península con vistas a Marruecos. Ya desde el órgano rector de la alta ciencia española, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, donde existe un lugar destacado para la investigación árabe con las Escuelas de Estudios Arabes de Madrid y de Granada, con el Instituto «Miguel Asín», de estudios árabes, y el Instituto «Benito Arias Montano», de estudios hebraicos y Oriente próximo; con las revistas editadas por el Consejo, «Al-Andalus», de estudios árabes, y «Sefarad», de estudios judaicos. Ya desde la enseñanza media, con la creación en Madrid del Internado Hispano-Marroquí, sección aneja al Instituto de Enseñanza Media «Ramiro de Maeztu», hogar que España ofrece a los hijos de los moros que nos confían su educación e instrucción, y con quienes conviven también los becarios enviados por nuestras posesiones en Africa y algunos estudiantes españoles, siendo para todos ellos la enseñanza cursada en el Instituto «Ramiro de Maeztu» igual que para los estudiantes españoles, salvo las especialidades propias ya reseñadas en algunas asignaturas.

Y no es sólo en tierras de nuestro Protectorado donde España ejerce su acción cultural y docente. Por todo Marruecos, el Gobierno nacional ha ido extendiendo una tupida red de escuelas nacionales para los centenares de niños españoles que viven en aquellos territorios, que, aun no siendo de España, conservan tradición y solera hispanas. A ellas asisten, además, muchos niños musulmanes que desean seguir la enseñanza española. Pero en las escuelas, no es sólo la labor del maestro. Débese mucho también al libro, y el pueblo marroquí no quedó preterido en el reparto de las bibliotecas populares. Abriéronse bibliotecas en las principales ciu-

dades de Marruecos, ya español, ya francés, y con la cooperación de la Alta Comisaría se han celebrado ya dos Exposiciones del Libro Hispano-Arabe, en las que se han exhibido los valiosos tesoros bibliográficos que España guarda con avaricia.

Marruecos ocupa, pues, en el afán cultural de la España de hoy, un puesto destacadísimo, el que se merece por su tradición y su historia.

INSTAURACION DE NUEVOS EDIFICIOS DOCENTES

Dos nuevos edificios para Institutos Nacionales de Enseñanza Media han sido incorporados este año al Ministerio de Educación Nacional. Uno de ellos, el de La Coruña, quedó este verano solemnemente inaugurado con asistencia del Jefe del Estado y altas jerarquías de la intelectualidad española. El otro, el de Teruel, está pendiente de inauguración, que se llevará a efecto en plazo breve. Ambos edificios responden a la más exigente técnica constructiva en materia docente. Más de tres millones y medio de pesetas se han invertido en la construcción del edificio de La Coruña, emplazado en uno de los más bellos lugares de la capital coruñesa, rodeado de una extensa planicie, donde se instalarán los campos deportivos. De tres plantas consta el inmueble. En la baja se hallan el teatro, la sala de actos, los vestuarios, las duchas y los servicios. En el piso primero, los despachos, la sala de juntas, la secretaría, los laboratorios y varias aulas, y en el segundo, la biblioteca, salas de dibujo y las restantes aulas.

Más de cuatro millones de pesetas ha importado, por su parte, la construcción del nuevo edificio de Teruel, que está integrado por cuatro plantas y un torreón para servicios meteorológicos. Cons-

ta a su vez de capilla con sacristía, salón de actos, museos de Ciencias Naturales y de Física y Química, laboratorios, aulas, sala de estar, despachos, etc. Asimismo está dotado de gimnasio, botiquín, cantinas, duchas, salas de aseo, etc.

Ambos edificios son de nueva planta y responden, tanto por su construcción, en la que se han empleado los materiales más apropiados, venciendo la ingente dificultad de su aprovisionamiento, como por su instalación y mobiliario, a la más exigente técnica en construcciones docentes, y son modelos de centros escolares de esta categoría.

Con la erección de estos edificios prosigue el Ministerio de Educación Nacional la política iniciada en 1940 de dotar a los centros docentes de edificios apropiados a la importante función que realizan. Puede afirmarse al cabo de estos últimos años, sin caer en hipérbole, que no hay provincia española donde no se haya o se esté levantando un nuevo edificio para Instituto de Enseñanza Media o se hayan acometido importantes reformas en el antiguo o se hayan invertido cuantiosas sumas en la renovación casi total del mobiliario e instalaciones. Bastará el breve sumario de la reseña de las más importantes obras llevadas a cabo para probar nuestro aserto. En Madrid se ha efectuado una ingente reforma en el Instituto «Ramiro de Maeztu», que ha perdido por completo su antigua fisonomía con el engrandecimiento de sus viejas instalaciones y la construcción de nuevas edificaciones anejas. Es el centro modelo en su género en España y cuenta con los siguientes organismos: el Instituto propiamente dicho, dotado de todos los medios de enseñanza; la Escuela Preparatoria de Primera Enseñanza, con edificio propio; la Residencia «Generalísimo Franco», donde los alumnos cursan sus estudios en régimen de internado; el Internado Hispano-Marroquí, para estudiantes musulmanes, y en el que ha cursado sus estudios de Bachillerato S. A. I. Muley el Mehdi, hijo de S. A. I. el Jalifa de Marruecos; la Escuela del Magisterio, los talleres profesionales y el campo de experimentación agrícola y los campos de recreo y de deporte, más un soberbio teatro, magnífico salón de música y los museos religioso, matemático, de

Historias y de Literatura, con un pequeño observatorio astronómico. Más de diez millones de pesetas se invirtieron sólo en este centro. También en Madrid se destinaron cerca de cuatro millones de pesetas en la reforma total del Instituto «Lope de Vega»; se ha reformado completamente el edificio del Instituto de «San Isidro», para el que se destinaron tres millones de pesetas; en el de «Isabel la Católica» se han llevado a cabo obras de cerramiento del edificio y construcción de la Residencia de señoritas. En el de «Cisneros» se han invertido dos millones en reformas y se está en trámite para adquirir un nuevo inmueble donde instalar el Instituto «Cervantes».

En provincias la obra llevada a efecto ha sido, asimismo, ingente. Desde 1939 hasta la fecha se han construido Institutos de nueva planta en las siguientes ciudades: Algeciras, Alicante, Barcelona («Balmes»), Cartagena, Castellón, Ceuta, Cuenca, El Ferrol, Huesca, Jerez de la Frontera, Lérida, Lorca, Lugo (masculino), Melilla (nuevo Instituto Politécnico), Murcia (femenino), Oviedo (masculino), Pamplona (masculino y femenino), Reus, Salamanca (masculino y femenino), Santa Cruz de la Palma, Santa Cruz de Tenerife, Santiago (femenino), a los que hay que sumar los dos nuevos de que se hace referencia al principio, es decir, los de La Coruña y Teruel.

A esta relación de obras nuevas hay que añadir los millones invertidos en la reforma y reparación de los antiguos edificios, de suerte que puede asegurarse que no hay ningún centro oficial medio que no haya sufrido transformación material en su inmueble. Los gastos sólo de instalación y mobiliario de los Institutos de Enseñanza Media sobrepasan la cifra de los 40.000.000 de pesetas desde 1939.

Tales enumeraciones evidencian bien a las claras el propósito decidido de la España de hoy de llevar a efecto una honda revolución en el campo de la enseñanza, levantando edificios apropiados para centros docentes que reúnan los requisitos que pueda exigir la más rigurosa de las pedagogías y dotándolos de todos los medios necesarios a su elevada misión.



LA CATEDRA "MENENDEZ PELAYO" EN LA BIBLIOTECA SANTANDERINA

Obras de ampliación y establecimiento de un
Centro coordinador de Bibliotecas montañesas

AQUEL portento de erudición que se llamó Menéndez Pelayo, don Marcelino, como familiar y entrañablemente le nombró y le nombra España entera, ha venido hoy a centrar las evocaciones de toda la cultura patria y a prestar título de ejecutoria y razón de permanencia a la obra revalorizadora del saber nacional emprendida por el nuevo Estado a través del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. No se olvide que este alto organismo rector ha consagrado a la memoria del polígrafo inmortal el primero de sus Patronatos.

Ha llegado, pues, el momento de que la ciudad del maestro, Santander, superando pasadas formas de homenaje, más intrascendentes, aunque plausibles: estatuas, conferencias, etc., se apreste a desenvolver la empresa difusora de aquella vida fecunda, honda y genialmente generosa. Tal cosa, nada menos, persigue el constante rumoreo de constructor trabajo que irrumpe en el sereno y recóndito laborar de las calladas horas de la Biblioteca de Menéndez Pelayo.

Un futuro más o menos próximo abrirá horizontes insospechados de anchurosa y creadora realización cultural a la provincia de

Santander, cuna de los supremos valores literarios de la pasada centuria y acreedora por tradición y derecho de conquista al albergue de instituciones «modelo» en este orden.

La Biblioteca de Menéndez Pelayo exaltará su propia función cuando, en breve, pueda ostentar en el frontispicio de una nueva puerta de su fachada renacentista, dando entrada a sus sótanos transformados, un «Hic est cathedra», llevando ésta el nombre imperecedero del autor de los «Heterodoxos». La nueva puerta se abrirá bajo esa inscripción lapidaria imborrable, que reproduce la voluntad testamentaria del maestro, en virtud de la cual posee el Ayuntamiento santanderino la biblioteca del mago de las investigaciones literarias.

Cátedra para España y para el mundo, de misión ambiciosa, que sobre el trazado estructural de los temas histórico-culturales alumbrará rutas hasta hoy inexploradas hacia el futuro universitario y académico, y que atraerá el quehacer docente y discente de representaciones de todos los centros nacionales, hispanoamericanos e hispanistas.

Pero aún hay más, y esto para más pronto: la Biblioteca de Menéndez Pelayo se constituirá en Biblioteca central de las del Centro Coordinador de Bibliotecas de la provincia de Santander, sobre la base de su arquetípica organización actual, dotada de todos los progresos de la Biblioteconomía, aprovechando su instalación ejemplar, mas ampliado el local que hoy ocupa la Sección de Fondos Modernos con una prolongación hacia la casa en que vivió y murió don Marcelino y en torno a la fachada posterior de ésta, manteniéndose el aislamiento del edificio, que contiene los 50.000 volúmenes de la biblioteca particular del maestro, para interpretar siempre la voluntad testamentaria de éste.

El proyectado Centro Coordinador establecerá enlace y regirá, dentro de la más amplia autonomía de las bibliotecas coordinadas, los establecimientos análogos en Santoña, Villacarriedo, Potes, Cabuérniga, Ramales, Laredo, San Vicente de la Barquera, etc., para que funcionen bibliotecas públicas plétóricas de vitalidad, al modo que actúan las de Torrelavega y Reinosa, y se instalarán centros

en Astillero, Los Corrales de Buelna, Cabezón de la Sal, Reocín, Ampuero, Comillas y otros lugares.

Completarán el vasto plan proyectado las secciones específicas que, para fomentar y facilitar la alta investigación, se abrirán en la Sección de Fondos Modernos: Medicina, Derecho, Ciencias Naturales, Filosofía, etc., y dispondrá de locales independientes dentro del recinto bibliotecario, donde los hombres de ciencia y paciencia encontrarán el áureo venero de universal sapiencia que enriqueció la mente privilegiada de Menéndez Pelayo en su pluriforme hallazgo de saberes.

E. BORRÁS VIDAOLA.

VENTANA
AL MUNDO

UNA EXPOSICION DEL LIBRO BRITANICO EN MADRID

EN la tarde del domingo 11 del corriente mes se inauguró con toda sencillez en los salones del Instituto Británico de Madrid una Exposición de libros españoles e ingleses. Bellamente dispuestos en grandes mesas, y ocupando dos amplias salas, se encuentran éstos, así como numerosas revistas españolas que dan acogida en sus páginas a reseñas sobre libros ingleses y, asimismo, grandes fotografías y grabados de libros británicos de lujo. La Exposición reúne setenta y nueve libros ingleses, seleccionados en el pasado año por la Liga Nacional del Libro de la Gran Bretaña como los mejor editados, y treinta y siete españoles, que en el curso del mismo año fueron seleccionados por nuestro Instituto Nacional del Libro por igual motivo. Unos y otros reúnen en sí el interés científico, artístico y literario junto a la más cuidada tipografía y la más hermosa encuadernación, haciendo de ellos verdaderas joyas bibliográficas para el lector amante de los bellos volúmenes, y el cual podrá hallar una puntual reseña bibliográfica de todos ellos e interesantes notas en los cuidados catálogos que con motivo de esta Exposición han publicado el British Council y el Instituto Nacional del Libro Español.

Una vez que los distinguidos visitantes que acudieron al acto inaugural hubieron recorrido con toda detención los salones de la Exposición, se congregaron en la sala de conferencias del Instituto Británico, en donde el distinguido hispanista profesor Walter Starke, Director del Instituto Británico de Madrid y representante del British Council en nuestro país, pronunció el siguiente e interesantísimo discurso que a continuación nos complacemos en reproducir íntegramente :

«Antes de proceder a la inauguración de esta Exposición de libros británicos y españoles quiero decir algunas palabras acerca de su significado.

Durante dos años consecutivos —1946/1947— ha sido enviado a España un lote de libros británicos seleccionados para representar a la Gran Bretaña en la Exposición de la Liga Nacional del Libro, que aquí se celebra anualmente. Muchos de ustedes recordarán que el lote correspondiente a 1946 fué expuesto en el Instituto Británico de Barcelona, coincidiendo con la Feria del Libro española. Para los que no tuvieron la oportunidad de visitar aquella Exposición hemos traído hoy aquí estos libros.

Lotes similares se han enviado a muchos países del mundo, entre los cuales se cuentan la Argentina, Estados Unidos, Brasil, Méjico, Chile, Perú, Colombia, Africa del Sur, Nueva Zelanda, Francia, India, etc.

Tenemos ahora la fortuna de poder exhibir junto a los libros británicos una cantidad de libros españoles de los mejor editados, algunos de los cuales serán expuestos en la Exposición Internacional que el año próximo se celebrará en Londres, en la sede de la Liga Nacional del Libro.

En cuanto a la selección de los libros británicos, tengo que señalar que cualquier libro puede ser elegible con tal de que su confección esté sujeta a las normas dadas por la Convención de Economía de Guerra. El Ministerio del Trabajo ha incluido en la categoría «A» la imprenta y la encuadernación de libros (excluyendo los periódicos), y ésta es la categoría en que están com-

prendidas las industrias y servicios muy necesarios, que, generalmente, están faltos de mano de obra. También figuran en esta lista la agricultura, minas de carbón y las industrias del algodón, la lana y textiles. Este reconocimiento de la importancia del libro ha causado general satisfacción, y la revista *London Bookseller* ha dicho que esto, en la actual crisis, será muy bien acogido en el mercado.

Es importante señalar que los libros se eligen teniendo solamente en cuenta su apariencia y no por su contenido literario. Se tienen muy presentes la tipografía, el papel, la encuadernación y, en general, el aspecto del libro en relación con el precio de venta.

Todos los años se invita a los editores británicos a separar quince ejemplares de todo nuevo libro que editen —no reimpressiones— y que ellos consideren apropiados para ser presentados en este concurso. Más tarde se envía un ejemplar de estos libros a los árbitros que han de juzgarlos, y si el libro es seleccionado, los catorce ejemplares restantes se circulan por todo el mundo.

En años anteriores, los libros eran escogidos por un Comité de Selección, pero en 1947 la tarea fué encargada a una autoridad en la materia, el famoso impresor Walter Lewis, de la Universidad de Cambridge, hace poco tiempo jubilado, después de una carrera brillante. A los editores españoles y los interesados por el libro, gustará leer las notas del señor Lewis en el catálogo. Quiero que presten su atención especialmente a la declaración de míster Lewis cuando dice que aquellos libros contra los cuales no hay comentarios en itálicas son los que precisamente cumplen su cometido de buena impresión.

Tengo que agradecer al Instituto Nacional del Libro Español que haya editado su propio catálogo de los libros españoles mejor editados que se presentan en esta Exposición. Nosotros utilizamos, debido a su interés especial, el mismo catálogo que fué usado en la Exposición Nacional de Londres. Pero debido al enorme éxito de la Exposición, el catálogo se agotó rápidamente, y por la falta de papel no fué posible editarlo nuevamente. Nos he-

mos visto obligados, por tanto, a imprimirlo en España, y será muy interesante para ustedes saber que la Imprenta Zúgel ha hecho un primoroso trabajo, que en nada se diferencia del catálogo original inglés. Esto me da la oportunidad de expresar nuestro agradecimiento y felicitación al señor Zurita por todo el interés que personalmente ha puesto en la preparación de este catálogo.

Es para mí, como Director del Instituto Británico, un gran placer contar entre nuestros amigos fervientes editores que se interesan en la producción del libro de lujo, como la señorita Matilde López Serrano, señor Fernández Victorio, don Manuel y don José Aguilar, don Antonio Ubeda, señor Velilla, bibliófilo; don Javier Lasso de la Vega, señor Díez Mathieu, y no por últimos menos importantes, don José María Albareda y don Amadeo Tortajada, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en quienes siempre encontramos ayuda y colaboración.

Es también un motivo de enorme satisfacción para mí apreciar que esta Exposición conjunta de libros británicos y españoles es como una expresión visual de la íntima colaboración que durante más de siete años viene existiendo entre el Instituto Nacional del Libro Español y nuestro Instituto Británico. Tan íntimas son estas relaciones que hemos llegado, muchas veces, a recibir cartas en nuestra dirección dirigidas al Instituto del Libro Español. Y tomo de esto una oportunidad para agradecer al Director de dicha entidad, don Julián Pemartín, toda la colaboración que nos ha prestado para esta Exposición. Aunque sus ocupaciones no le han permitido venir hoy aquí, nos ha enviado a nuestro buen amigo don Miguel Herrero, que ha hecho tangible la gentileza del señor Pemartín, ayudándonos personalmente en esta tarea. A todos, mi simpatía y agradecimiento.

Quiero ahora llevar la atención de ustedes sobre uno de los dos comentarios de Mr. Lewis. El ha podido apreciar que una cantidad de los libros sometidos a selección tenían papel y encuadernación de calidad inferior debido a las presentes circunstancias en Inglaterra, y que sólo accidentalmente se presentaba algún libro primorosamente encuadernado y en papel de alta calidad;

esto sólo se producía en ocasiones que el encuadernador o el impresor habían podido obtener excepcionalmente algún suministro de materiales de antes de la guerra. Sin embargo, pudo comprobar que en muchos casos la confección y la impresión compensaban la pobreza del papel y de la encuadernación; y, por esta razón, incluyó en la selección libros que en otras circunstancias hubieran sido rechazados. De una manera general, él basaba su selección en *Primeros principios de la Tipografía*, de Stanley Morison, a quien todos los entendidos en libros tienen en mucha estima. El señor Staley Morison, gran amigo mío, es el más famoso impresor de hoy, que causó una revolución con su *Suplemento Literario del Times*. Ultimamente me escribió expresando su satisfacción por que pudiésemos celebrar en Madrid esta Exposición.

En Inglaterra cuando se clausura la Exposición Internacional se envían los lotes de libros, en una especie de jira a través del país, para ser expuestos en las bibliotecas y galerías de arte. Y me place comunicar a ustedes que también cuando se cierre esta Exposición, los libros que en ella figuran serán exhibidos en Barcelona, Valencia, Sevilla y Bilbao.

En las mesas laterales podrán admirar fotografías de ediciones de lujo y especiales y ejemplares de nuevos libros no incluidos en el catálogo. En otras mesas hallarán revistas españolas que publican recensiones de libros británicos. Esto me trae a la memoria nuestro punto de vista acerca de las reseñas de libros británicos en otros países. No deseamos influir a nadie proclamando los méritos de nuestros libros, sino que preferimos que los recensionistas españoles redacten sus críticas libres de todo influjo, porque la reacción de un español puede ser muy distinta a la nuestra, y nos gusta conocerla. Nosotros acogemos las críticas como un sano y vivo interés por nuestros libros, y por este motivo las agradecemos sinceramente.

La confección de un libro, dice Charles Rosner, Director de la Sylvan Press, depende principalmente de la capacidad imaginativa y habilidad individual, conocimiento de la tipografía adecuada y su debido manejo. La producción de un libro es el resultado

coordinado de la colaboración entre el diseñador, tipógrafos y el material a su disposición.

Confío en que todas las dificultades que ahora entorpecen la libre importación de libros entre los países, desaparecerán antes que nosotros. Si no, me temo que todos los que luchamos por la buena causa del libro moriremos con la palabra *divisas* grabada en nuestro corazón.

Sin embargo, me complace hacer resaltar el arreglo según el cual los beneficios obtenidos en el Reino Unido con los libros españoles allí importados pueden destinarse para el pago de los libros ingleses que se exporten a España. Este acuerdo rige desde abril último, y gracias a él el Museo Británico ha podido conseguir unos libros españoles de numismática y, en compensación, España recibirá más libros ingleses.

El *Suplemento Literario del Times*, editado por Stanley Morison, decía de los libros ingleses: «En su mayor parte, los libros británicos representan una laudable energía en el empleo de recursos limitados, que no responden al ideal requerido; son una saludable mezcla, y algún día podremos esperar obtener el espíritu tipográfico dominante, que ha hecho de la imprenta inglesa una unidad clara y destacada, y que le ha proporcionado a Inglaterra tan justa fama.»

La Exposición actual debe ser considerada como un paso hacia exhibiciones futuras de mayor importancia. Las características de la producción del libro en los distintos países son muy diversas y no pueden estar representadas de un modo completo en una pequeña Exposición como la que hoy inauguramos. También Mr. Lewis, en su selección, hace, naturalmente, concesiones a la escasez y muchas veces penuria total, que no permite alcanzar el más alto grado en todos los componentes de una producción. El selecciona algunas muestras de litografía offset, pero tiene que llegar a una mayor perfección si quiere satisfacer a los que siguen la tradición de Caxton.

En Inglaterra, desde 1476, cuando Caxton estableció la primera imprenta cerca de la Abadía de Westminster, ha habido siem-

pre un gran interés, a través de todas las épocas, por el libro, y no sólo en los impresores, sino en artistas y hasta arquitectos, como Sir Christopher Wren, que tenía casi una religión del libro, y también nombres como William Caslon y John Baskerville, y en el siglo XIX, el gran escritor artista William Morris, fundador de la Kelmscott Press.

Pensando en esta tradición inglesa vienen a mi memoria una serie de nombres, algunos de los cuales he conocido personalmente, desde la otra guerra, como Bernard Newdigate, quien murió hace tres años y cuyos artículos en el *London Mercury* fueron muy celebrados. También el gran amigo mío Eric Gill, del que recuerdo muchas anécdotas: era bohemio, muy católico, un auténtico descendiente de los gremios medievales. Recuerdo, asimismo, al gran poeta Robert Gibbings, con el que visité The Golden Cockerel, en el pueblo de Berkshire, una villa industrial y cooperativa. Robert Gibbings tenía sangre irlandesa; me recuerda otro gran poeta irlandés, W. B. Yeats.

Espero que no esté lejano el día en que se pueda incrementar la producción del libro de lujo. Nosotros, en Inglaterra, tenemos la misma predilección que ustedes en España por esas ediciones privadas, numeradas, de las que tan buenos ejemplos se encuentran, no sólo en Madrid, sino en Barcelona y Valencia; ediciones en las que han de jugar muchas ramas del arte en colaboración con la imprenta.»

Una nutrida salva de aplausos acogió las palabras del profesor Starkie, y acto seguido el Jefe de la Ordenación Bibliográfica del Instituto Nacional del Libro pronunció unas breves palabras, en las que afirmó con cuánto interés acudía el Instituto a esta Exposición y cómo era cada día más urgente la expansión de nuestro libro en el mundo. Nutridos aplausos acogieron también las palabras del señor don Miguel Herrero, sirviéndose a continuación un «cock-tail», en el que los señores de Starkie hicieron los honores a sus invitados, entre los que figuraban el Embajador de España en Londres, señor don Domingo de las Bárcenas; el Director general de

Propaganda y Presidente del Ateneo de Madrid, don Pedro Rocamora; el Secretario general del Consejo Superior de Investigaciones, señor Albareda; el Bibliotecario general del Consejo, señor Tortajada; el Director de la Biblioteca de la Universidad, señor Lasso de la Vega; el profesor Spillane, el doctor Roos, Mr. Cos, la Directora de la Biblioteca de Palacio, señorita Matilde Díaz Serrano; los escritores señores Dámaso Alonso, García Nieto, Magariños y Sampelayo, y los editores señores Díaz Mathieu, Aguado, Ruiz Castillo, San Miguel, Navarro de Palencia, Aguilar, Dos-sat y otras distinguidas personalidades.

EL TEATRO NORTEAMERICANO: ROBERT SHERWOOD

UN amable lector —al que rindo gracias— me pide cierta ampliación al juicio —somero juicio— que di en un número anterior de esta Revista acerca de Robert Sherwood, al referirme concretamente a William Saroyan, el joven y sugestivo autor teatral norteamericano. Procuraré complacer lo mejor que pueda al solicitante. Y así, de paso, podrá advertir que no andaba yo descaminado al considerar a Sherwood como uno de los actuales valores de la escena americana, pese a las diatribas, más de forma que de fondo, del sarcástico creador de *The Human Comedy*.

Por lo pronto, Sherwood, aunque sensible a las manifestaciones artísticas del mundo moderno, e incluso sociales, es un clásico en la arquitectura dramática. Y gusta sobremanera de la tradición fundamental norteamericana hasta el punto de que es uno de los autores —aparte O'Neill— que mejor refleja la vida de su país, no sólo en la actualidad, sino en todo su peculiar y jugoso pasado. Además, como el propio Saroyan, su compatriota, y como algunos otros dramaturgos europeos —Bernard Shaw y Kaiser, v. gr.—, expone, por lo común, sus propósitos escénicos en los prólogos que escribe para sus obras. Estos prólogos son menos aparatosos que los de Saroyan y los de Shaw. O sea que hasta en esto se ciñe virtualmente a un inequívoco pulso clásico. A veces trueca, en estos prólogos, la ambición artística por la política, pero sin desertar de su categórica condición de intelectual puro.

Lo que caracteriza la labor de Sherwood es una constante preocupación por los temas bélicos, acaso porque intervino en la primera contienda y en ella hubo de sufrir las angustias y dolores de una intoxicación de gases. Habla, pues, de la guerra según le fué en ella: con la experiencia, la doble experiencia del que fué su actor y víctima. En la segunda —y reciente— guerra dirigió, con sin igual pericia uno de los puestos más relevantes del departamento de Propaganda. En lo que atañe a su dilección por los asuntos bélicos, basta recordar una de sus piezas más famosas —convertida más tarde en película—: *El puente de Waterloo*. Luego, como protesta, ya en un plano de orden indirecto, se alza contra los traficantes de armas en *Idiot's Deligth*. Esta obra obtuvo el premio Pulitzer, la más alta distinción americana en los medios literarios. *Reunió en Viena* evoca, asimismo, otra circunstancia de la pasada contienda. Una circunstancia que, en ocasiones, casi siempre, supone más que una caída mortal: el destierro, donde los cuerpos inactivos son a manera de palpitantes fosas de almas en inquietud. Ninguna prisión tan alucinante y patética. Pero su obra más representativa es, sin duda, *El bosque petrificado*, en la que, de estilo impecable, armonioso como un pórtico griego, esplenden las unidades eternas del teatro. Algo de esto encierra, aunque meno explícitamente, u comedia *Abe Lincoln in Illinois*. Aquí, como en la anterior, los caracteres están magistralmente concebidos y resueltos y se juega, con anticipación clarividente, al choque violento y audaz entre los conceptos, puramente específicos, de una naturaleza cabal, con las abstracciones de tipo freudiano que, al cabo de la guerra última, habían de dársenos como novedad. Sherwood se sitúa, para dilucidar estos problemas psíquicos, desde su mundo de hombre de cultura y los enfoca, metódico y claro, para ir en busca de lo que pudiéramos llamar idea absoluta. Todo lo brinda, y alguna cosa combate, siempre en aras de su ideal de alcanzar, al término de la lucha, la criatura más capaz y noble, aunque el mundo, hastiado de los intelectuales —sembradores de optimismo o de pesimismo, pero no de remedios—, se refugie, como en la teoría nietscheana, en el seno amoroso y fecundo de



la naturaleza misma. O'Neill hizo de los más complejos psicopatológicos algo así como una rica motivación de espectáculo. Sherwood los expuso como argumentos de combate, en marcha hacia la verdad que redime.

Robert Sherwood, ponderado y firme, ha ejercido labores de crítica cinematográfica en diversas revistas de su país. El cine le atrae desde un principio, y para el cine ha dado soberbios guiones, entre ellos el de *Rebeca*, que ya citamos. Sus comentarios sobre la pantalla norteamericana, en particular, y sobre la universal, ya en un tono más reducido, han supuesto magníficas lecciones aprovechables. Estima que el cine, sin desertar de sus fundamentos de diversión, puede abrirse paso, dentro de su técnica genuina, con el auxilio de altas preocupaciones de orden artístico, buceando en los más oscuros problemas del hombre. Es decir, el cine, mejor que el teatro, por sus elementos auxiliares, puede llenar cumplidamente lo que Sherwood considera su triple misión: como espectáculo, como documento y como arte.

Mas su pasión inesquivable es el teatro. Un teatro en el que se aúnan la especulación literaria, el cientifismo y la vida. La literatura como expresión, el cientifismo como preocupación y la vida como aliciente y refrendo. Con estos tres elementos, otro autor que no tuviera el discernimiento crítico de Sherwood, su lastre clásico y su docta preparación, sólo hubiera fabricado atrevidas piruetas. Sherwood, no. Sherwood, genial combinador, fragua con los más estrepitosos antipodismos los más tentadores y limpios conceptos teatrales. Y si, al parecer, se descubren en su obra algunas contradicciones, no son, después de todo, más que apoyaturas de contraste para que, como término, resalte más la fragancia y la metafísica de sus humanos postulados dramáticos.

Es decir: en Sherwood se dan la mano, para entretrejer una exuberante cordialidad, y sobre esa cordialidad, originales paraísos de seducción, el dramatismo de Gorky, el naturalismo de O'Neill y la poesía de Thornton Wilder.

SERGIO NERVA

HOMBRES DE NICARAGUA:
JULIO ICAZA TEJERINO,
ADALID DE LA HISPANIDAD

DE la tierra de Rubén Darío y de Pablo Antonio Cuadra nos llegó un buen día a la vieja España un mozo espigado y moreno que se llama don Julio Icaza Tejerino. Nada más presentarnos nos dijo esta gran verdad, no por repetida menos interesante, de que la cultura católica y la fabla castellana son el tuétano mismo de la Hispanidad. Esta fué una frase credencial ante mí y el vínculo expresivo que nos había de convertir en amigos. Nos vemos con alguna frecuencia y sé que nació en Chinandega (Nicaragua) por el año 1919, que formó parte de la Cofradía de Escritores y Artistas católicos del llamado «Taller de San Lucas» y que es doctor en Derecho por la Universidad Central de Managua. Por defender virilmente sus ideales políticos —en unión de Cabrales, Cuadra y Coronel Urtecho— fué encarcelado en 1940 y deportado a la isla del Maíz. Pudo, al fin, en 1941, emigrar a Chile, donde trabajó dos años en la revista *Estudios*, de Jaime Eyzaguirre, a la vez que estudiaba la legislación social chilena. Más tarde se trasladó a Buenos Aires, colaborando en *Orfensiva* y *Balcón*, hasta que vino a España como delegado nicaragüense en el Congreso de «Pax Romana», y entre nosotros sigue, formando parte del Instituto Cultural Iberoamericano y del

Instituto de Cultura Hispánica. Julio Icaza es a la vez un consumado periodista, que envía sus trabajos a *La Prensa*, de Managua, y a *La Nación y Lectura*, de Méjico.

En la Universidad Central de Madrid ha dado Icaza Tejerino varias conferencias sobre temas de su especialización, editando a la vez *Génesis de la independencia hispanoamericana* (Madrid, 1947) y *Elementos de la anarquía hispanoamericana*, que ha publicado el Instituto de Estudios Políticos en el mismo año. Ambos ensayos, a los que nos vamos a referir brevemente, muestran a Julio Icaza Tejerino como un valiente y preparado adalid de la Hispanidad, digno amigo, compatriota y seguidor de Pablo Antonio Cuadra. En el primero de los trabajos citados, este magnífico letrado nicaragüense considera la independencia de Hispanoamérica como un aborto político, provocado por la violencia de circunstancias históricas especiales, que desprendió prematuramente del organismo materno de España a pueblos en formación, sin la madurez y autonomía biológicas necesarias. Achaca, y con cuánta razón, el divorcio político en los españoles de América y los de España «a la proyección de ese otro divorcio espiritual de los españoles con su tradición, con su historia y con su destino». Ambas y bien fundamentadas conclusiones las razona con riqueza de visión histórica y toda clase de argumentos en torno al desarrollo de los pueblos americanos, políticamente libres y prematuramente dotados de una mayoría de edad para la cual no estaban preparados. Al tratar de las nacionalidades hispanoamericanas, rechaza la palabra *independencia*, y se muestra partidario del término jurídico *separación*, «porque las posesiones de la América española no eran *colonias*, sino *reinos* o *provincias* de la Corona de Castilla», ya que sus habitantes tenían el mismo derecho que los de la Península para nombrar sus propias Juntas de Gobierno y elegir sus representantes en Cortes.

Descentrados de la unión y del destino hispánicos, los pueblos americanos «traicionaron a sus libertadores», porque la masonería y el liberalismo andaban de por medio, haciendo mangas y capirotes en aquellos pueblos adolescentes, ya que gentes advenedizas

de toda laya, «los demagogos y los ideólogos —principalmente—, conspiraron contra esos libertadores hispanoamericanos, los vilipendiaron, los persiguieron y los asesinaron». Consecuencia de todo ello fué el desmoronamiento del Imperio español en América, dividida en múltiples Estados, sin razón de existir, «llegándose en Centroamérica hasta el ridículo de dividir la ya pequeña Patria, recién separada de Méjico, en cinco minúsculas repúblicas», algo tan estúpido y criminal como en España fueron los separatismos vasco y catalán.

Culpa de la desintegración y anarquía de los pueblos hispánicos, que traicionaron sus esencias nacionales durante un siglo, «a los políticos descastados de nuestra degenerada aristocracia —habla Icaza— y de nuestra podrida burguesía, que vendían nuestros territorios, enajenaban nuestra soberanía política y entregaban a los imperialismos enemigos, a las naciones anglosajonas, antípodas de nuestro espíritu y de nuestra cultura, las rutas vitales de nuestra riqueza y de nuestra geografía». Pero los pueblos mostráronse contrarios al vampirismo absorbente de los filibusteros y de los *gangsters*, que sobornaban con su mercantilismo a los políticos mercenarios, lo soportaron, impotentes, como una maldición bíblica, «permaneciendo fieles a sus profundas esencias telúricas y espirituales, manteniendo un insobornable amor a la libertad cristiana, herencia y patrimonio inalienable de su estirpe hispánica gloriosa».

En cuanto a *Elementos de la anarquía hispanoamericana* (Madrid, 1947), es un estudio del mayor interés, tanto por las ideas políticas y jurídicas que aporta en relación con el tema, como por la sinceridad valiente con que han sido expresadas. Llega a la conclusión el señor Icaza de que «el republicanismo democrático hispanoamericano ha sido el más largo y total ensayo de anarquización política y social realizado hasta ahora en la historia del mundo».

JOSÉ SANZ Y DIAZ

HISTORIADORES VENEZOLANOS: EL ACADEMICO DR. AMBROSIO PERERA

UNO de los escritores actuales de Venezuela más versados en el campo de la Historiografía es, sin duda alguna, el doctor don Ambrosio Perera, nacido en Carora en 1904, individuo de número de la Academia Nacional de la Historia, médico ilustre, ex Director del Archivo General de la Nación y diputado católico en la Asamblea Nacional Constituyente de Venezuela en la actualidad. *El Gráfico*, de Caracas, uno de los diarios más importantes de Venezuela, publica, en su número del 22 de septiembre último, unas declaraciones a toda plana de tan relevante personalidad, y el *Diario de Sesiones de la Asamblea Venezolana*, números 34 y 37, recoge su brillante intervención en un debate en torno a la apertura de la urna cineraria que encierra el cráneo y restos del Libertador Bolívar. Todo ello, así como la reciente publicación de su obra *Albores de Venezuela*, nos da motivo suficiente para presentar a los lectores españoles la rápida silueta de este gran historiador de la época colonial hispánica.

Desde el año 1932 ha producido una docena de obras definitivas, entre las que conocemos *Historial genealógico de familias ca-*

roreñas, dos volúmenes, el segundo editado en 1933, que es una completísima monografía que incluye alrededor de 200 fichas biográficas de políticos, militares, poetas, universitarios y personas notables en otras profesiones que nacieron en Carora, Estado venezolano de Lara; *Historia orgánica de Venezuela*, más de trescientas páginas en 4.º mayor (Caracas, 1943); *El Tocuyo conquistado y conquistador* (ídem, 1943); *Discurso de ingreso en la Academia Nacional de la Historia* (1945); *Historia político-social de los Estados de Lara y Yaracuy* (Caracas, 1946), época del Imperio español, y esta última, *Albores de Venezuela*, a la que luego nos vamos a referir, en la imposibilidad de ocuparnos de todas. Además tiene publicado: *Reacción de Vernes* (tesis doctoral), *Historia de la fundación de Carora y vida caroreña del siglo XVI*, *Historia de los Egidos caroreños* (1928), *El partido de Jesús*, *El Vía-Crucis de Don Simón*, *Biografía del General suramericano don Jacinto Lara*, *Historia de la fundación de San Fernando de Apure*, *La obra del doctor José Gregorio Hernández*, *Noticias históricas sobre la Virgen de Chiquinquirá de Aregüe* y *Un católico integral* (biografía de don Manuel José Perera), aparte de su frecuente colaboración en diarios y revistas.

Pero volvamos a la última obra histórica del gran hispanista don Ambrosio Perera. *Albores de Venezuela* es un libro veraz y bien documentado que pone de relieve lo humano de la colonización de Venezuela por España, frente al trato sanguinario de los alemanes en la citada colonia o antiguo territorio de Santa Marta.

El doctor Perera nos dice que, descubiertas las costas de Venezuela desde fines del siglo xv, no habían sido exploradas con cuidado. En 1527, Juan de Ampués fundó una población española en el sitio que llamó Santa Ana de Coro, que aún subsiste. Había sido enviado por la Audiencia de Santo Domingo para que procurase amparar a las tribus indígenas perseguidas por salteadores y piratas, lo cual cumplió religiosamente.

Por desgracia, apenas tenía un año de vida la colonia venezolana cuando Carlos V, con objeto de obtener el empréstito en di-

nero que necesitaba para llenar las arcas exhaustas del Tesoro Real, cantidad que le ofreció una Compañía de ricos comerciantes flamencos —los Welzares o Belzares—, cedió a éstos temporalmente, como feudo de la Corona y sometido a ella, el derecho a descubrir, conquistar y explotar todo el territorio de Venezuela que va desde El Cabo de la Vela a Maracapana, con la condición de fundar dos ciudades y tres fortalezas, bajo el mando de un Gobernador o Adelantado, que nombrarían los Welzares de Ausburgo, con el visto bueno del Emperador.

El primer Adelantado que nombraron los súbditos flamencos del rey germano-español fué Ambrosio Alfinger, alemán que llegó a Coro en 1528 y se dispuso a explotar a su antojo el país. Llevaba para realizar sus propósitos 400 infantes y 80 jinetes, todos españoles, salvo su segundo en el mando, llamado Sailer. Apresuróse a recorrer el país, sin otras miras que reembolsar lo más pronto posible a la Compañía de lo que había entregado al Emperador. Sabiendo que los indios más ricos eran los de las orillas del lago de Maracaibo o Coquibacoa —país descubierto por Ojeda, que lo bautizó con el nombre de San Bartolomé—, construyó varias embarcaciones para saquear las aldeas de sus riberas. Bajo el dominio de Alfinger y de sus sucesores —Spira, Federmann, etc.—, capitanes y soldados no tenían más misión que saltar y robar a su sabor a los indígenas, asolando el país, quemando caseríos y haciendo esclavos a los naturales. Según Castellanos, en sus *Elegías de varones ilustres* (II, 1.^a, canto IV), Alfinger murió de un flechazo que le dispararon los naturales de Venezuela y fué enterrado en la selva.

Según el doctor Perera, estos alemanes carecían por completo de las brillantes y cristianas cualidades de los conquistadores españoles —a pesar de todos sus defectos—; sus exploraciones fueron estériles para el bien de la civilización, quedando reducidas a meros descubrimientos geográficos y, en virtud del convenio con el Rey, a conservar el territorio venezolano como un núcleo independiente regional.

Perera transcribe el texto completo de las encomiendas repar-

tidas en Barquisimeto en el año de su fundación y las ordenanzas o instrucciones dadas por el propio fundador, don Juan de Villagas, cuyos originales se hallan en nuestro Archivo de Indias, en Sevilla. En suma, que don Ambrosio Perera es un gran historiador objetivo de la época imperial española.

José SANZ Y DIAZ

LOS LIBROS

HOMBRE, PAISAJE Y POLÍTICA, por PEDRO ROCAMORA.

Si *La confession d'un enfant du siècle* pudo fijar literariamente su siglo, las meditaciones de un joven español de nuestro tiempo, capaz de meditar, pueden hacerse esenciales para comprender el verdadero sentido de lo hispánico, contemplado, sí, «desde ángulos aparentemente dispares, pero integrados en una superior realidad histórica». Y si este joven que medita comprende, además, que «el hombre es, en definitiva, el vértice donde se resume la confluencia de la acción política, que es la historia, con ese escenario físico del paisaje que le sirve de apoyo», su pensamiento, al obligarse así a una meditación conjunta de estos dos problemas, podrá ofrecer nos profundos y bellísimos hallazgos. Hallazgos que pueden titularse: *Hombre, paisaje y política*; una obra prieta y singular de Pedro Rocamora que acaban de nacer los escaparates de nuestras librerías.

No encierran las páginas ejemplares de este libro un ensayo más sobre los problemas que preocupan a su autor. Porque Pedro Rocamora sabe que aquellas décadas racionalistas del ensayismo, culminadas acaso en esa *España invertebrada*, de Ortega, que fuera reiterada nada menos que como «un ensayo de ensayo», fenecieron ya, y que hoy, los jóvenes que estudian y meditan corren deliberadamente el riesgo de dar la cara de su pensamiento, sin esa prudente y cobarde medida del ensayo, que tira la piedra y, por si acaso, guarda la mano que acaba de arrojarla.

Hombre, paisaje y política son unos «estudios sobre el sentido de lo español» que Pedro Rocamora nos ofrece. Un hombre, pues, a la española, contemplado no desde un ángulo de su pasión, de su interés o de su instinto, sino a la luz de un nuevo humanismo y con esa «concepción total, armónica, que está llamada a aparecer sobre la tierra como una exaltación de los valores del hombre y como una reivindicación de su íntima vida espiritual».

La gran incógnita humanística de nuestro tiempo se piensa aquí, en estas páginas de Pedro Rocamora, con pulcra y honda agudeza. Porque el autor sabe muy bien que el hombre del siglo xx no es aquel cuya incógnita entrevé apenas el francés Alexis Carrel, ni tampoco el de la moderna antropología de Linton. Sino que puede aproximarse, más bien, a este hombre de España, hecho para la milicia, para la arriesgada empresa y para la aventura, que, incluso en el plano de lo religioso, produce místicos siempre activos y militantes. Un hombre heroico, «que se bate y muere por Dios porque confía en que después va a ver cara a cara a ese Dios que ha sido la justificación de su muerte». Heroicidad española, nutrida por la teología, porque estos hombres «luchan por Dios y mueren por Dios, creyendo conquistarse así el derecho a disputar a Dios el cielo que se han ganado». Un hombre que Pedro Rocamora conoce bien, porque lo lleva dentro, y que «no quiere la libertad más que para jugársela y para perderla. Por eso pasa del cautiverio del odio en la prisión al cautiverio del amor, del que nunca podrá redimirse». Amor muchas veces sin presencia física, amor inventado, como esta Dulcinea que Don Quijote no viera jamás.

Páginas adelante, medita Pedro Rocamora sobre el paisaje. Sobre el paisaje de la meseta, de esta dramática y heroica Castilla, tan explorada ya por nuestros mejores pensamientos. Y de esta meditación castellana de Pedro Rocamora nace, en ancha y llana consecuencia, una bellísima y original teoría que me parece a mí, hombre español también del mismo siglo, la máxima fortuna de este libro afortunado.

Me refiero a estos dos modos de mirar, a estas dos actitudes que Pedro Rocamora observa en la Humanidad, bien remontándose sobre la más remota lejanía, bien «acotándose dentro de los límites de una humilde y reducida proximidad». Perspectivas humanas de la flor y del paisaje que, en el ámbito de la literatura, pueden compaginarse con la lírica y con la épica, según nos descubre el autor.

Aplicado este singular hallazgo a la interpretación de nuestra historia viva, nacen claves sorprendentes, que sólo puedo señalar aquí y que merecen propias reflexiones. Porque Pedro Rocamora nos recuerda que cuando aquí se creaba el *Poema de Mio Cid*, España desconocía aún los jardines, porque la mirada de España era la mirada de Castilla. Pero «cuando en los jardines de La Granja se intenta copiar el estilo de los parques franceses es porque el alma épica de España ha sido derrotada por el alma lírica».

La decadencia de España se corresponde, pues, para Pedro Rocamora, con la exaltación de su lírica, con la perspectiva humana de la flor. Por eso, este hombre español, que así medita, pide a Dios que «la juventud de hoy, vencida ya la fase inútil del madrigal y del jardín, se sienta eternamente desvelada con una fecunda y ambiciosa obsesión de lejanía». De estímulos universales, de estímulos épicos, revelados aquí, en estas páginas estupendas que Pedro Rocamora dedica al paisaje con tan original y tan sorprendente entendimiento.

Cierra el libro una meditación dedicada a la política, tanto en su aspecto de arte de afirmar la personalidad del Estado como en su concepto económico. Examinada diestramente la crisis del Estado, que para el autor no es sino la crisis de la Cultura, se llega a la acertada conclusión de que «los pueblos que luchan por su felicidad no conseguirán nada mientras no inspiren su definitivo rumbo histórico en la eterna, sutil y metafísica política de Dios», dignificación de la idea política plenamente española. Y en lo que se refiere a «la doctrina que atribuye a los procesos económicos importancia superior a la de las normas políticas», nacida de la famosa y funesta obra de Adam Smith, *Riqueza de las naciones*, Pedro Rocamora nos muestra, con una rigurosidad científica ejemplar, como la tarea de «afirmar cada día y cada hora la propia personalidad del Estado es más importante que dirigir el comercio, estimular el desarrollo de la riqueza o someter a rigurosa ordenación la actividad económica de los hombres». Y ello porque quien conciba «la realidad existencial del Mundo dentro de la concepción cristiana de la vida» tiene que hallar, incluso en el fenómeno económico, una cualidad espiritual y, desde luego, no admitir ese carácter de inmovible que algunos asignan a la ley económica.

Hay que salvar al hombre, y Pedro Rocamora le salva, porque él sabe sentir esta generosa y libre humanidad como nadie. Hay que considerarlo, «no como un elemento más en el juego de las

fuerzas económicas, sino como una personalidad a la que Dios ha dotado de una voluntad histórica, por la que, a partir de ahora, los hechos económicos se convertirán en medios, en vez de subsistir como fines».

Quede, pues, brevemente señalado a la curiosidad del lector un libro importante, fruto de las meditaciones de un joven español de nuestro tiempo capaz de meditar. *Hombre, paisaje y política* se ligan así, en el íntimo y fecundo pensamiento de Pedro Rocamora, para nacer unas páginas profundas, pero que fluyen con esa tersa sencillez que sabe ocultar el estudio constante, la investigación exigente y la ávida lectura de textos que no se citan casi nunca. Obra, pues, de refinadas esencias, este libro sabio, original y bello, quedará como símbolo afortunado del preocupado pensamiento de un joven español del siglo y nos tornará muchas veces a sus nobles páginas, umbrales generosos de la ancha y prometedora estancia de lo que supo hacer nuestro.

DARÍO FERNANDEZ-FLOREZ

ISABEL LA CATÓLICA Y FELIPE II, por WILLIAM T. WALSH.

Un verdadero amigo de España es el poeta, gran historiador y crítico norteamericano William Thomas Walsh. De esta amistad tenemos inequívocas pruebas. Walsh conoce nuestra historia, y cuando escribe acerca de España lo hace con honradez y sin adulterar los hechos. Lo que aseguramos puede comprobarse en las biografías de *Isabel la Católica* y *Felipe II*. En este último libro, William T. Walsh estudia con imparcialidad la figura grave y serena de uno de los reyes que ha sido juzgado a través de la historia con más apasionamiento.

El historiador y crítico norteamericano no ignora que en la austera España de Felipe II, de idéntica línea, sin adorno ni afectación a la del monumental edificio escurialense, resalta la literatura mística española. Walsh, católico, escribe un nuevo libro: *Santa Teresa de Avila*, nuestra gran mística. A esta biografía de la fundadora de la Orden carmelita, traducida directamente del inglés por Mariano Alarcón, y que sus páginas han recreado nuestro espíritu, se le concedió el premio anual de literatura católica norteamericana, que de modo tradicional otorga la Asociación

Gallery of living Catholic Authors de Walster Groves, Estado de Montana.

No es fácil enumerar cuanto se ha escrito en todas épocas de argumento teresiano, no sólo en España, sino en Inglaterra, Alemania, Italia, Bélgica y Francia. Esta última ocupa un lugar preeminente en la producción bibliográfica de Santa Teresa. La primera biografía de Teresa de Jesús la escribe Fray Luis de León al redactar la célebre carta dirigida a las Madres Priora, Ana de Jesús, en cuyos brazos murió Teresa, y religiosas Carmelitas Descalzas del Monasterio de Madrid, en la que les empieza diciendo que no conoció ni vió a la Santa Madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra; que ahora, que vive en el cielo, la conoce y ve casi siempre en dos imágenes vivas que dejó en sí, que son sus hijas y sus libros, que, a su juicio, son también testigos fieles y mejores de toda excepción de su gran virtud. Walsh, en la suya, habla de la Doctora de la Iglesia en los siguientes términos:

«Santa Teresa poseía hermosura, encanto, genio literario de una rara cualidad (si bien no cultivado), una sin par habilidad administrativa, humor, ternura, sentido común; la decisión y la intrepidez de un gran soldado con la obediencia y la humildad de un santo.»

El crítico, lo mismo que Fray Luis de León, se maravilla ante mujer tan débil, pero tan excepcionalmente animosa:

«... a esta mujer se la veía, pobremente vestida, andar por los caminos de España, montada en una mula o en un carretón labriego, bajo un sol abrasador o un frío entumeciente; que muy rara vez poseía dinero con que pagarse una comida decente, y que ello, no obstante, fundó diecisiete conventos y varios monasterios; que dormía en el frío granero, como cualquier pastor, sin perjuicio de rechazar a una princesa, de hablar de igual a igual a una duquesa y de reñirle severamente a un rey.»

Santa Teresa, fundadora de una Orden, fué uno de los grandes escritores de la Contrarreforma que tanto esplendor dieron a la España del siglo XVII.

* * *

La Reforma religiosa, llevada a cabo por Martín Lutero, trae consigo la Contrarreforma. Es, sin duda, en España donde se de-

fienden con más calor los principios de la Iglesia Romana. Se interpretan los textos bíblicos, valiéndose del latín, griego y hebreo. La gramática, con esta lucha entre ortodoxos y reformados, adquiere extraordinaria brillantez, lo mismo que los estudios filológicos. Antonio de Lebrija o Nebrija continúa la famosísima *Biblia Políglota Complutense*, la colosal obra que empezara Cisneros; Luis Vives supera a Erasmo, afecto a la Reforma, al traspasar los límites de la erudición e internarse en la filosofía. A los helenistas, latinistas y hebraizantes, Lebrija o Nebrija, Silíceo, Arias Montano, Beatriz Galindo, Juana Contreras y Lucía Medrano, entre otros, siguen los escritores místicos en la defensa de la religión católica frente al protestantismo.

Es difícil hallar entre nuestros clásicos una prosa tan sencilla, nada afectada y carente de todo lo superfluo como la de Fray Luis Ponce de León. La lectura de *La perfecta casada* sirve para sacar esta consecuencia. El maestro León, lo mismo que Cervantes, escribe detrás de las rejas de una prisión su obra cumbre, *Los nombres de Cristo*, con la que se coloca en destacado lugar entre los primeros escritores místicos españoles. Se afirma exactamente que a Platón recuerda en el diálogo, sin perder por ello el estilo suyo, inconfundible.

Fray Luis de León, además de un gran prosista, es un extraordinario poeta. *La profecía del Tajo*, *La vida en el campo*, *Noche serena*, *A la música del ciego Salinas*, sin olvidar la magnífica oda *En la Ascensión del Señor*, son composiciones que llegan a las cumbres de la belleza. Nada más cierto cuando se dice que a veces la poesía del padre agustino alcanza mayor altura que la de Horacio, por tener un elevado sentido moral que no se encuentra en la del lírico latino.

Escribir no es nada fácil; pero lo es menos todavía dar con la cuerda sensible de un auditorio. Fray Luis de Granada fué un gran prosista, al que mucho le debe nuestro idioma, y fué también un gran maestro de la oratoria, tan grande, que sin inconveniente ha sido comparado con Cicerón. Tal vez su oratoria fuera más didáctica que mística; en sus palabras no había los arrobamientos místicos y los deliquios de divino amor tan corrientes en Santa Teresa. Su *Guía de pecadores* es la obra de un envidiable filósofo cristiano; *Introducción al símbolo de la fe*, la de un humanista.

En Teresa de Jesús no hay la erudición ni la vasta cultura de un fray Luis de Granada, y, sin embargo, qué bien habla y qué

bien escribe... *El libro de su vida, Camino de perfección, Castillo interior* o las *Moradas*, están escritas en forma familiar y con elegante sencillez. ¿Que sus escritos ofrecen alguna que otra irregularidad en el lenguaje? Estas pequeñas incorrecciones, lejos de restar méritos literarios, hermocean las cláusulas. Su claridad como pensadora, dice Walsh en su libro, era tan extraordinaria, que incluso Leibnitz, el filósofo alemán, hubo de reconocer su deuda hacia ella. Lo mismo que el beato Juan de Avila, la Santa llega al corazón de los oyentes y lectores y se apodera de él. Se asegura que el fondo de sus obras consiste en llorar con los que lloran, sufrir con los que sufren y orar por todos y con todos.

¡Qué diferencia entre el beato Juan de Avila y San Juan de la Cruz!... El «apóstol», como se le llama por sus muchas virtudes a Juan de Avila, fué un magnífico orador sagrado. Hablaba en forma familiar, no exenta de elegancia, poniendo todo el calor de la unción evangélica. Para él no tenía importancia el que sus discursos pecasen de descuidados con tal que llegaran al corazón de los oyentes. En cambio, San Juan de la Cruz, el «Doctor estático», el más místico de los místicos, en su ansia de la posesión de Dios, daba a sus locuciones un sentido alegórico difícil de entender. El discípulo de Teresa de Jesús no parecía estar en este mundo y caminar sobre la tierra.

* * *

La mística española, que surge del fervor cristiano y de la fe que caracteriza los siglos XVI y XVII en nuestro pueblo, alcanza en literatura su máximo esplendor. Influye poderosamente en los autores del Siglo de Oro, incluso en el satírico Quevedo. Calderón, considerado por filósofos alemanes como más profundo que Goethe, es un verdadero místico al escribir sus dramas filosóficos, religiosos y los *Autos sacramentales*. La literatura mística triunfa a pesar de la novela picaresca, tan genuinamente española. Y sigue triunfando, no sólo en España, sino más allá de sus fronteras y al otro lado de un océano, no obstante el materialismo de nuestros días.

CARLOS BORONAT

Fué, sin duda, el pueblo árabe el más ilustrado, el más humano y, sobre todo, el más liberal del Medioevo.

El estudio de su dominación en España y la huella que en la misma dejara, desde Abderramán I, que inicia su independencia, como Emir de Damasco, hasta la terminación del famoso Califato, que fundara Abderramán III, es uno de los temas más interesantes de nuestra historia.

Quizá la figura cumbre de esa época, rica en episodios sorprendentes, lo fué Abderramán el Grande, que llegó a hacer de Córdoba la ciudad más populosa e importante del universo y el centro de la cultura y del saber del mundo, en todas sus manifestaciones.

El exquisito poeta Mariano Tomás, enamorado de la figura prócer del período árabe, ha escrito una biografía verdaderamente sugestiva, llena de emoción y de vida, en la que el más glorioso de los Califas de Occidente se nos muestra en toda su grandeza.

Abderramán, al subir al trono, se encuentra con un estado desmembrado por la anarquía y la guerra civil y sujeto a continuas invasiones, tanto por parte de los cristianos como de las razas moriscas de Africa.

El nieto de Abdalah impone, por la fuerza de las armas, el orden y la paz, y la prosperidad y el prestigio del país alcanzan su máximo esplendor. Los más orgullosos soberanos solicitan su alianza; el Emperador de Constantinopla, los Reyes de Alemania, los de Italia y de Francia, le envían sus embajadores; Don Sancho de León y Doña Tota de Navarra van en persona a la Corte para rendirle pleitesía, y el pueblo aclama e idolatra al poderoso Califa.

Mariano Tomás, ajustándose a la exactitud de los hechos, pero sirviéndose del elemento novelesco, brinda al lector una página de la historia del Califato, llena de encanto y de poesía.

Entre los tipos que desfilan por su obra es digno de destacarse el del rebelde Hafsun, sombra del poderío cordobés, que llegó a dominar una parte considerable de Andalucía, constituyéndose en héroe nacional y en uno de los más peligrosos enemigos del Emirato y del Califato inclusive; pero Abderramán va venciendo uno a uno a sus adversarios, y muerto Hafsun, acaba definitivamente con sus partidarios y logra el triunfo absoluto de su autoridad.

Nos ofrece Mariano Tomás un diseño certero de Abderramán, de su vida gloriosa, pero amarga; estristecida por las asechanzas al trono y ensombrecida por la muerte de su propio hijo Abdalah, ordenada por el Califa, para castigar la rebelión del mismo.

Fué su mandato un reinado fecundo en hazañas victoriosas, en verdadera administración de la justicia, en generosidad con el vencido, en transigencia y en liberalidad magnánima.

Mariano Tomás ha escrito esta biografía con galanura de poeta; abundan las descripciones líricas, muy bellas, y en todo instante el autor pone de relieve su fina sensibilidad, su arte en la evocación de una época tan atractiva y la objetividad en la apreciación y en el comentario.

Mariano Tomás cierra su libro felizmente al señalar el contraste entre el poderío de Abderramán con la humilde pobreza de su amigo el carpintero-poeta Suleimán. Ambos han llegado al final de sus vidas, y se preguntan si alcanzaron la dicha.

—¿Has sido feliz en tu vida? —le pregunta al Califa el carpintero.

—He tenido cuanto pudiera desear un hombre: el poder, la riqueza, el amor, la gloria, pero he contado escrupulosamente los días en que he gustado de una felicidad sin amargura, y sólo he hallado catorce en mi vida —exclama Abderramán.

El carpintero, en cambio, le responde:

—Yo no recuerdo en mis años, ya largos, catorce días desgraciados.

Y es que la felicidad está siempre donde menos se piensa, y le llega al hombre, también, cuando menos la espera.

RAFAEL NARBONA

QUEVEDO: SU TIEMPO, SU VIDA, SU OBRA,
por ANTONIO PAPELL.-Editorial Barna, S. A.
Barcelona, 1947.-576 págs.

El catedrático de Literatura de Palma de Mallorca asoma una vez más al público con una nueva biografía. Ese género en que él se ha especializado hasta alcanzar perfección de maestro. Su juventud universitaria va guarnecida de numerosos éxitos, que culminan con este extenso trabajo sobre don Francisco de Quevedo y Villegas.

Un Quevedo «suyo», al que ama con amor sereno, maduro y re-

flexivo, reconociendo sus defectos precisamente en aras de ese amor (página 10). Es un Quevedo humano, lleno de bondades y de imperfecciones, el que vemos a través de esta obra. Mas, a pesar de su propósito de mostrarnos únicamente «su» Quevedo, no ha podido prescindir siempre del juicio de los grandes críticos; circunstancia que en ocasiones más le produce embrollo que facilidad. Pero tenerlos en cuenta era preciso.

Estima que a Quevedo se le ha estudiado poco a pesar de ser el escritor más completo de nuestra literatura y uno de los más grandes prosistas de la Humanidad. Por ello se pregunta las razones de tal silencio de la crítica con respecto a Quevedo, mientras se han escrito millares y millares de páginas sobre otros ingenios buenos, regulares y malos. Cuatro son los motivos que, a su juicio, justifican tal carencia de glosa quevedesca:

1) Porque Quevedo fué demasiado amado y demasiado aborrecido.

2) Por el silencio oficial que tácitamente impuso su poderoso enemigo el Conde Duque de Olivares.

3) Porque Quevedo era un perfecto solitario, con pocos amigos y mucho orgullo.

4) Porque sacrificó en aras de la verdad y de la rotundidad del chiste, no sólo a los adversarios, sino a los amigos más devotos.

Crítica acertadamente las bondades y defectos de las biografías fundamentales de Quevedo: la de Tarsia y la de Fernández Guerra. La primera, de 1663, y la segunda, de 1852. Cita igualmente el reducido prólogo biográfico que su sobrino, Pedro Aldrete de Quevedo, puso en *Las tres últimas musas castellanas*; pero se olvida de la *Reseña biográfica* que en 1842 compuso Angel Fernández de los Ríos, inserta en la edición de lujo de las obras de Quevedo que en 1863 publicaron en Madrid los editores Murcia y Martí. Esta corta biografía, de 16 páginas, tiene, aparte de su arcaísmo, anterior a la obra de Fernández Guerra, datos importantes, tales como la afirmación de que los restos de Quevedo se conservan solitarios y poco visitados, en la bóveda de los Bustos de la iglesia parroquial de Villanueva de los Infantes, en contra de la común creencia, que comparte Papell, de que se perdieron. La escasez de biografías de Quevedo que advierten hoy todos los críticos, no es admitida por Fernández de los Ríos, quien estima que «nada de nuevo puede decir acerca de Quevedo, cuando desde el abad don Pablo de Tarsias, que escribió su vida, han sido tantas las personas ilustradas, incluso

el decano de nuestros escritores, que se han ocupado de los hechos y las producciones de nuestro poeta». Erróneamente afirma que la madre de Quevedo se llamaba doña María de Santisteban, en vez de Santibáñez, como fué cierto y lo reconocen Astrana Marín y Papell. Es lástima que al ejemplar que yo poseo de esta edición le falten las páginas 3 a 6 inclusive, que contendrían más noticias sobre la familia de Quevedo, según se desprende del párrafo interrumpido por el extravío. Más tarde nos da dos curiosas noticias: que en Juan Abad se conserva, para uso del alcalde, la silla en que se sentaba Quevedo, que es de nogal y estaba guarnecida de terciopelo carmesí, y que «se conserva en el mejor estado, en poder del actual sucesor de Quevedo, la magnífica cruz con que adornaba su pecho habitualmente. Consta de una sola esmeralda de gran tamaño, sobre la cual está formada la cruz con rubíes y guarnecida de brillantes. Cuantas veces la hemos tenido en la mano nos ha ocurrido lo conveniente que sería que esta alhaja de doble valor ocupara un lugar en una biblioteca o museo, donde el público pudiera examinar una prenda de respetables recuerdos y de mérito intrínseco. En poder de la misma persona se hallan papeles curiosísimos relativos a la vida y escritos de nuestro poeta que algún día que podamos disponer de más tiempo para ordenarlos verán la luz pública».

Este libro de Antonio Papell sobre Quevedo está dividido en tres partes. Estudia en la primera su vida. Para ello comienza por situar al personaje en el marco o paisaje político y social de aquellos tiempos, que juzga cenit de nuestro esplendor, allí donde se confunde el inicio de caducidad del Imperio con la más alta expresión de su grandeza. Hace un detenido estudio de la genealogía de Quevedo, que revela un exacto conocimiento de la nobleza montañesa, y al que nos hemos referido antes con ocasión de los apellidos de su madre. La juventud, especialmente la universitaria, de don Francisco, ocupa una veintena de páginas, donde se ve al polígrafo vivir realmente, enmarcado en un ajustado ambiente que da precisión al relato. No recoge la común tradición de que estudiara en Salamanca, como a todo visitante relatan los cicerones que muestran el aula vitoriana de aquella Universidad mientras señalan el banco donde está grabado a punta de navaja y en tipos de la época el apellido de Quevedo. Deja plenamente comprobada la verdad de la terminación de su carrera académica por don Francisco, que tantos autores han puesto en duda, y, en fin, nos muestra «su» Quevedo simpático y retozón, pero responsable, encarnación del tipo

universitario del xvii. Particular importancia tienen sus relaciones con el profesor Justo Lipsio, de Bruselas, quien llama a Quevedo gloria suprema de los españoles cuando aún no tenía veinticinco años.

Pero lo más logrado de esta primera parte del libro es sin duda el Madrid quevedesco. Quevedo se nos aparece tan madrileño como la Puerta del Sol; cuando el ánimo de lucro del Duque de Lerma hace que la Corte se traslade a Valladolid, nuestro poeta siente el dolor del trueque en lo más hondo de su alma. Este sentimiento lo refleja Papell precisamente. Y el retorno a la villa amada le llena de alegría, como prueban los siguientes versos, que se insertan en la obra que estudiamos:

*No fuera tanto tu mal,
Valladolid opulenta,
si ya que te deja el Rey,
te dejaran los poetas.*

Quevedo en Italia, embajador, caballero de Santiago, conjurado en Venecia, perseguido de Olivares, son otros tantos temas que el autor trata. Concretamente en el caso de la prisión de Quevedo en San Marcos de León, se adscribe a la tradicional opinión de que fué ocasionada por el *Memorial a Felipe IV*, cuya paternidad le atribuye, en contra del ponderado razonamiento político de Marañón, más ajustado, por su trascendencia, a la dureza del castigo decretado. Fernández de los Ríos estima igualmente que «en 1641 sufrió nuevas persecuciones por atribuírsele una composición en verso contra el Gobierno, encerrándosele en un calabozo de San Marcos de León».

Dos interesantes capítulos tratan cuidadosamente dos temas asaz ponderados, pero nunca estudiados como ahora. Me refiero a los que dedica a sus amigos y enemigos. En una composición tabular nos va indicando, uno a uno, todos los que sintieron por Quevedo uno u otro sentimiento. Aparte sus «amigos lejanos, en el espacio y en el tiempo, los más devotos y los mejores, como nosotros y cuantos le amarán a través de su obra gigantesca», tuvo don Francisco en sus días magníficos amigos: don Pedro Téllez de Girón, duque de Osuna; el escritor flamenco Van der Hammer, el arzobispo fray González de Mendoza, Alonso Messía, el bibliotecario de El Escorial Vicente Mariner, Hurtado de Mendoza, su intimísimo amigo

Antonio Amigo, el conde de Villamediana, Tirso de Molina, Calderón de la Barca, Mateo Alemán, etc., etc. Y, sobre todo, los amigos de las horas amargas, en prisión, Francisco de Oviedo, Adán de la Parra y el Duque de Medinaceli, quienes, como dice muy bien Papell, acaso comprometieron su propia libertad para conseguir la suya. Se destaca como en verdad merece la amistad de Quevedo con Lope y Cervantes, haciendo *de visu* un estudio paralelo de sus vidas y obras que por sí solo daría lustre al autor; el tal capítulo es tan oportuno, ponderado y agudo, que bien pudiera servir a su autor como base de una futura monografía sobre la amistad y las vidas paralelas de los tres monstruos de nuestras letras.

Toda esa relación nominal de amigos, no exhaustiva, parece que en cierto modo se contradice con la anterior afirmación que hace Papell, cuando trata de justificar los pocos estudios que hay sobre Quevedo, en que era un perfecto solitario, recatado y huraño, con pocos amigos y mucho orgullo (págs. 9 y 240).

Fernández de los Ríos nos habla de otro simpático y fiel amigo que tuvo Quevedo: «fray Bernardo de Morales, monje benedictino del monasterio de Santiago, quien dirigió a Quevedo una epístola colosal en que sólo le decía: «He leído con atención las cartas que usted ha compuesto del *Caballero de la Tenaza* y las muchas razones y diferentes medios que propone para que los hombres se libren de las embestiduras de las mujeres; pero no he hallado ninguno por donde usted se libre de pagar esos dos reales de porte. Dios guarde a usted el humor y la salud largos y felices años y a mí me deje verlo.» Complació de tal modo a Quevedo esta epístola, que no paró hasta conseguir que el general de los Benitos trasladase al autor de ella al convento de la Corte, siendo desde entonces íntimos amigos».

Sus enemigos sí que son legión. Papell enumera: alguaciles, boticarios, avarientos, escribanos, astrólogos, corchetes, adúlteros, sastres, arribistas, majaderos, porfiados, presumidos, capeadores, hipócritas, procuradores, sepultureros, alquimistas, médicos, validos, necios, mohatrerros, aguadores, venteros, aduladores, cornudos, jueces, celestinas y mujeres feas. Y luego cita a sus adversarios de monta: Góngora, Ruiz de Alarcón, Pacheco de Narváez... Y sobre todos, el tornadizo Conde Duque de Olivares; aquel poderoso valido escribe al poeta: «Vuesamerced no me tenga por desigual y asegúrese que le estimo mucho.» Luego le ha de perseguir implacablemente hasta convertirse en su peor enemigo. En esta parte el autor mantiene igualmente una posición contraria a Gregorio Ma-

rañón, no siempre admisible, aunque en parte justificable por la profesionalidad literaria de Papell y su protestado amor a Quevedo, circunstancias que no siempre pueden ser reducidas a sus justos límites cuando se hace labor de crítica.

En la segunda parte, un tercio del libro, trata el autor de darnos la más completa idea del genio de Quevedo. La estructura del libro le permite abordar casi monográficamente los distintos aspectos de su hombre; ello presta altura a la obra, si bien le obliga a varias repeticiones insoslayables: así con los capítulos referidos a *la Cultura* y al *Humanismo de Quevedo*, que, debiendo formar uno si se atiende a la unidad del conjunto, componen dos.

Con singular acierto desemboza a Quevedo de la capa y socapa con que la leyenda ha parabolizado y contrahecho la figura del egregio caballero español, para lo cual comienza por hacer un detenido estudio sobre los retratos de Quevedo, siendo una lástima que al fin tenga que preguntarse: «¿Cuál es el verdadero retrato de Quevedo?» Un concienzudo estudio de la técnica en el retrato atribuido a Murillo quizá le hubiera permitido avalorar esta edición con un *verdadero* retrato de Quevedo en el frontispicio de la misma.

El carácter de Quevedo es captado con precisión, prescindiendo del aparente disfraz que le hizo a sí mismo llamarse «Padre de la Carcajada». Muy bien dice Papell cuando afirma que Quevedo es un hombre profundamente serio que quiere disimular su seriedad. Es uno de los aspectos del polígrafo mejor estudiado; a través de estas páginas vemos a Quevedo responsable, pesimista y leal consigo mismo, soberbio y ansioso de nobleza.

Y luego, el concienzudo estudio sobre la posición de Quevedo en cuanto al amor y la mujer, que nos hace verle despreciativo para los altos ideales femeninos. Es posible sea éste el capítulo que más juicios revisables contenga, precisamente por no haber contado con el carácter paradójico de Quevedo, a pesar de ser aquí donde se nos manifiesta con una rara unanimidad. Dice Papell que «para Quevedo, acostumbrado al trato de hembras frívolas y de sentimientos superficiales, la mujer es el eterno enemigo» (pág. 242). Pero no se puede sentenciar tan desavisadamente en un problema tan complejo tomando sólo como elemento de juicio alguna pirueta antifeminista.

La cultura y el humanismo de Quevedo, su estilo, su vis cómica y satírica, quedan brillantemente expuestos a lo largo de unas cuarenta páginas. Allí vemos un Quevedo, que hoy, como atisba Pa-

pell, «hubiera sido un periodista excelente y el primero de nuestros publicistas». Un Quevedo bibliófilo y lector empedernido, amante de su desaparecida biblioteca hasta el punto de hacer detallada minuta de los libros que prestaba. Al tratar de su estilo, el autor encuentra ocasión para hacer un buen estudio sobre el concepticismo y el culteranismo, acabando por preguntarse, como tantas otras veces: «¿Cuál es el estilo de Quevedo?» (pág. 262). Así de desconcertante es el señor de la Torre de Juan Abad.

La preocupación política de Quevedo queda de manifiesto en un capítulo titulado *Ideas políticas y sociales*. Es lástima que la edición no haya alcanzado el magnífico estudio que el P. Oswaldo Lira, SS. CC., publica en la *Revista de Estudios Políticos* sobre *La monarquía de Quevedo*. El hubiera demostrado a Papell cómo, contrariamente a lo que afirma, Quevedo se mantuvo firme del todo en cuanto a sus ideas sobre los derechos del pueblo y, en conjunto, sobre el problema político español y universal. En el alma le dolía la decadencia de España, cuyos hombres hacían grande cual los hoyos a su cuarto Felipe; y esa realidad dura le hizo adoptar la única postura adoptable en un español de su temple y valía. Una pregunta capciosa, preñada del justo anhelo de reivindicar la ortodoxia política de Quevedo, vemos en la pág. 291: «¿Qué alma mezquina y desatinada pudo proclamar la especie de que don Francisco de Quevedo atentaba contra la integridad de la Patria?» Apunta, parece, a quienes tratan de justificar el encierro del poeta en San Marcos como consecuencia de una turbia actividad política.

Quevedo hace crítica literaria con el estilo de nuestro siglo. Hoy veríamos su firma al pie de toda crónica cultural, de teatro, bibliográfica, diciendo la última palabra sobre tales temas. Así es presentado, en tal aspecto, por Antonio Papell. Y Quevedo, filósofo, no es ninguna novedad; pero sí lo es la sencillez clara con que le vemos aquí, lleno de una filosofía pesimista, con profundidad ascética, sin otras luces que las del consuelo en la muerte.

Por último, en la tercera parte se trata de su producción literaria: *Su Obra*, que dice Papell ser la parte más cuidada y personal de todo el libro. En una racional división, vemos, en primer lugar, sus obras en prosa, precedidas de una tabla de las mismas, comprensiva de 110, incluídas las publicadas por vez primera por Astrana Marín, en la que hallamos tan sólo una excepción: el prólogo titulado *El peor escondrijo de la muerte*, que no

vemos citado en toda la obra. Es un corto trabajo, semejante en extensión a la famosa *Aguja de navegar cultos*, al cual llama don Francisco *Discurso de todos los dañados y malos para que no lo sean y otros lo dejen de ser. Delantal del libro, o séase proemio, ó prólogo quien quisiere.*

En esta tercera parte se hace un cuidadoso análisis crítico de la obra de Quevedo, que revela al autor como competentísimo en la materia. Con método muy personal y sistemático va estudiando la prosa política, ascética, filosófica, crítica y satírica de don Francisco, con especial detenimiento en los *Sueños* y en *El Buscón*. Con el mismo juicio certero estudia al poeta, dramático y epistolario. No hubiera estado mal una mayor antología de sus cartas, tan poco conocidas.

Finalmente, las fuentes en que bebió Quevedo su ciencia humanística. Revela este capítulo, como el referido a la bibliografía, un trabajo paciente y colosal, de años de callado estudio. Un párrafo lleno de nombre, de citas, que Quevedo menciona, por ejemplo, condensa fácilmente todo un fichero, compuesto pausada y penosamente después de larga lectura. El capítulo dedicado a la Bibliografía contiene nada menos que 152 autores, con más de 300 obras principales. Y a lo largo de todo el libro se observan más de mil citas independientes. Es, en suma, una obra erudita, fruto de muchos años de labor dirigida al estudio de la figura y producción de Quevedo. Obra lograda plenamente, que coloca a su autor entre nuestros mejores investigadores y críticos literarios. La edición es pulcra, con la simple elegancia que caracteriza a la editorial Barna, S. A.

JOSÉ MANUEL ALONSO.

OBRAS SELECTAS, por LEOPOLDO ALAS («CLARÍN»)
Editorial Biblioteca Nueva.- Madrid, 1947.

Llevamos ya un largo período en que el mercado de libros está dominado por unos bellos y bien impresos gruesos volúmenes, en los que, bajo el nombre de un autor con fama ya universal, campea un título que dice *Obras completas, Obras selectas*. Por no sé qué razón, más de una seguramente marcan esta norma editorial, se nos están dando en un grueso volumen todas aquellas obras dispersas de un genio como Cervantes, de un gran maestro cual Galdós, cual Dickens, cual *Azorín* o los Machado, o, como hoy lo

vuelve a hacer Biblioteca Nueva, en un alarde editorial difícilísimo de superar, con las mejores páginas que un día, ya lejano, escribiera en la vieja Vetusta o en su querido Madrid *Clarín*, el maestro indiscutible del XIX, aquel que, con Galdós y con Don Juan Valera, forman la trilogía de la novelística de nuestro segundo siglo de oro, que es el fin del XIX y correr de los primerísimos años del siglo presente.

Bien que poco entusiastas de esta ya norma editorial del «completismo o el selectismo» que hoy inunda el mercado, y con la que hay que tener cuidado para que no se pase de la raya en cuanto a los seleccionados —acaso se está pasando ya, y que cada cual coloque por sí los nombres que han saltado sin necesidad y sin motivos esta frontera intelectual—, estimamos de cierta necesidad el gran libro que ahora nos imponen tan vitales cosas, como son la falta de lugar y la falta de dinero.

Las noventa o cien largas obras galdosianas y las noventa y tantas de don Pío Baroja pedían largas estanterías; éstas, grandes habitaciones; unas y otras, muchas pilas de duros; perdón, montones de billetes, para su adquisición. De aquí que estos libros «gordos» nos den resueltos el ahorro de sitio y también de monedas, ya que, pese a su buen precio, nunca es aquél tanto como la suma de otros tantos billetes para comprar sus volúmenes individualmente.

Es más bello, realmente, el ir comprando, día a día, conforme nacen, los libros de este o aquel autor, pero la belleza hay que sacrificarla a otras necesidades primeras: el goce intelectual que aquellas compras suponen se ve arrollado por los pisos chicos, por los billetes que se evaporan.

Este grueso y bien oliente volumen, en piel, grabada con gracia y buen gusto, que guarda a *Clarín*, nos trae, sobre todo, el recuerdo de las primeras lecturas de este maestro. La de su cuento *Adiós, cordera*, en los labios de mi querido maestro de Literatura, don Miguel Herrero; de *La Regenta*, la novela incomparable, la más grande del siglo XIX en el decir del maestro *Azorín*; aquella otra maravillosa de *Apolo en Pafos*.

Sobre el recuerdo de jornadas maravillosas de lectura, del descubrimiento gozoso de un maestro hace ya muchísimos años, hemos vuelto ahora a él, y tras el término de estas nuevas lecturas, un tanto desordenadas, volvemos a sentir el mismo goce estético de la vez primera. A calibrar su total valor, su máxima ironía,

su hermoso lenguaje. Toda la obra diversa de *Clarín*, encerrada en este tomo por Biblioteca Nueva, tiene una grandeza magnífica, en particular sus novelas, espejos por un mundo que él tan bien conocía. Cada cuento, cada «palique», son algo que hay que volver a leer, algo que nos llama con un fuerte tirón desde las páginas del gran tomo.

¡Qué gran derroche de ingenio y de cultura hay en las páginas de *Clarín*! ¡Qué belleza en todas ellas! A su obra, Biblioteca Nueva le ha puesto en la ocasión presente una larga noticia biográfica, debida a la pluma de Juan Antonio Cabezas. Una biografía rigurosa del maestro asturiano, en donde hay mucho fervor y comprensión por su obra y su persona. *Clarín*, maestro del siglo XIX, vuelve con este tomo de *Obras selectas* a ganar su gloria, a cobrar lauros y a decir de su grandeza, a la par que también de la libertad de las prensas españolas.

JUAN SAMPELAYO

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

ORDEN de 23 de octubre de 1947 por la que se concede el ingreso en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio a don Isidoro Macabich.

ORDEN de 23 de octubre de 1947 por la que se concede el ingreso en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio a don Manuel Castillo-Diaz.

ORDEN de 25 de octubre de 1947 por la que se concede el ingreso en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio a don Antonio Beltrán.

ORDEN de 29 de octubre de 1947 por la que se concede la Corbata de Alfonso X el Sabio a la Asociación General de Empleados y Obreros de los Ferrocarriles de España.

ORDEN de 30 de octubre de 1947 por la que se concede el ingreso en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio a don Angel Villar-Madrueño.

ORDEN de 10 de diciembre de 1947 por la que se concede el ingreso en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio a don Carlos Obligado.

ORDEN de 23 de diciembre de 1947 por la que se resuelve el Concurso Nacional de Literatura del presente año.

«Ilmo. Sr.: Visto el expediente sobre resolución del Concurso Nacional de Literatura del presente; y

Resultando que por Orden ministerial de 14 de abril último se convocó el expresado Concurso Nacional, cuyo tema era una biografía de Cervantes, ofreciéndose un premio de 10.000 pesetas y un accésit de 4.000;

Resultando que, previa la tramitación correspondiente, el Jurado, presidido por don Luis Martínez Kleiser, y del que también forman parte don Rafael Balbín Lucas y don Francisco Maldonado de Guevara, acuerda por unanimidad proponer se adjudique el premio de 10.000 pesetas a don Vicente Escrivá por su obra titulada *Jornadas de Miguel de Cervantes*, y el accésit de 4.000 pesetas a don Ismael Sánchez Estevan por su biografía de Cervantes,

Este Ministerio, de conformidad con la anterior propuesta, ha resuelto:

1.º Adjudicar el premio ofrecido de 10.000 pesetas a la obra *Jornadas de Miguel de Cervantes*, de la que es autor don Vicente Escrivá, y el accésit de 4.000 a la biografía de Cervantes presentada por don Ismael Sánchez Estevan.

2.º Que el importe de las mencionadas cantidades se satisfaga con cargo al crédito consignado en el capítulo primero, artículo segundo, grupo sexto, concepto 15, subconcepto tercero del vigente presupuesto del Departamento, de cuyo gasto se ha tomado razón por la Sección de Contabilidad el 13 de marzo último, y por la Intervención General de la Administración del Estado en 25 del mismo mes, librándose contra la Tesorería Central, y a nombre del Habilitado de Concursos Nacionales, don Andrés Gordillo González.»

Lo digo a V. I. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 23 de diciembre de 1947.

IBAÑEZ MARTIN

Excmo. Sr. Director general de Bellas Artes.

REVISTA DE PSICOLOGIA GENERAL Y APLICADA

DIRECTOR: DR. JOSE GERMAIN

EDITADA POR EL
INSTITUTO NACIONAL DE PSICOTECNIA

600 páginas al año



Suscripción para España y América.. 60 ptas.
Para el extranjero 70 »
Número suelto. 40 »



DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

Plaza de Santa Bárbara, 10. - MADRID. - Teléf. 23 23 59

1875

1875

1875

